

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

«SPES NON CONFUNDIT»



*Peregrinos de camino a la Puerta Santa del Vaticano
con la Cruz del Jubileo 2025*

Año LXXXII- Núm. 1124 Marzo 2025



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	31	Beato Cayetano Clausellas mártir de la persecución religiosa en España de los años 1934-1939 <i>Hispania Martyr</i>
5	La esperanza que nace del amor (apuntes bajo una luz tomista) <i>Toni Prevosti Monclús</i>	34	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
9	Las consecuencias de la falta de esperanza en el mundo actual <i>María Dolores Barroso</i>	37	Pro beatificación padre Enrique Ramière
13	Colapso demográfico de un mundo sin esperanza: ¿por qué ya no tenemos hijos? <i>Jorge Soley Climent</i>	38	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
17	Esperanza y desesperanza en la literatura <i>María Ramos</i>	41	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
21	El Reino de Cristo y los santos en la historia <i>Gerardo Manresa</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
26	«José cree, ama y espera» <i>Papa Francisco</i>		
28	San José, modelo perfecto del Apostolado de la Oración <i>Ibón Elósegui</i>		

Razón del número Esperar contra toda esperanza

Este número de Cristiandad está dedicado a la esperanza. No como un optimismo ingenuo ni como un mero recurso psicológico para sobrellevar las dificultades, sino como la virtud teologal que nos conduce a confiar plenamente en Dios y nos permite mirar el mundo con los ojos de la fe.

EL pasado 24 de diciembre, se abrió la Puerta Santa de la basílica de San Pedro, en el Vaticano. Un gesto con el que dio comienzo el Jubileo 2025 bajo el lema «Peregrinos de esperanza». Una vez más la Iglesia se nos muestra como Madre y Maestra con este lema del año jubilar. En un mundo en el que la falta de esperanza constituye una de las características más importantes de nuestra sociedad, la Iglesia de nuevo alza la voz para proclamar que la esperanza puesta en Dios no defrauda.

Este número de *Cristiandad* está dedicado a la esperanza. No como un optimismo ingenuo ni como un mero recurso psicológico para sobrellevar las dificultades, sino como la virtud teologal que nos conduce a confiar plenamente en Dios y nos permite mirar el mundo con los ojos de la fe. Esta esperanza no se apoya en nuestras propias fuerzas, sino en la fidelidad de Dios. Como bien nos recuerda el papa Francisco en *Spes non confundit*, la esperanza nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la Cruz. Esta esperanza es la que

ha sostenido a la Iglesia a lo largo de toda la historia y la que sigue alimentando a los cristianos en su vida cotidiana ofrecida por el triunfo del Reino de Cristo.

El mundo contemporáneo se aleja de los fundamentos cristianos. El llamado mundo occidental heredero culturalmente de la Cristiandad me-



dieval ni siquiera quiere reconocer su propia historia, raíz y fundamento de sus principales logros sociales. **La crisis de la natalidad** en nuestro entorno no es solo un fenómeno demográfico, sino el síntoma de una civilización que ha dejado de confiar en el futuro. **La falta de vocaciones**, la fragilidad de las familias y **la expansión de ideologías que desfiguran la naturaleza humana** son señales de un mundo que, al rechazar a Dios, se condena a la desesperación.

El hombre, por naturaleza, vive de la esperanza. Sin ella, la vida se torna insoportable, porque el futuro se percibe como una amenaza en lugar de una promesa. Sin embargo, las esperanzas meramente humanas son frágiles: se apoyan en bienes temporales, en el progreso material, en ideologías o en la promesa de un bienestar que, una y otra vez, se muestra insuficiente. Cuando estas esperanzas fallan —ya sea por crisis económicas, desilusiones personales, fracasos políticos o enfermedades—, el ser humano queda expuesto a la desesperanza y al sinsentido.

Son muchos los factores que han contribuido a la situación de desesperanza en que nos encontramos. El avance tecnológico y científico, aunque ha traído beneficios, no ha resuelto las preguntas más fundamentales del ser humano. Las relaciones humanas, cada vez más frágiles en una sociedad marcada por el individualismo y el hedonismo, dejan a muchos en un estado de soledad profunda. Filósofos y políticos anunciaron desde el siglo XVI-XVII que estábamos en las puertas de un mundo de «paz perpetua» y de bienestar ilimitado, los prejuicios religiosos tan arraigados que hasta entonces habían sido un obstáculo para construir este «mundo feliz», ahora, gracias a la secularización progresiva de todos los ámbitos de la vida humana, se iban a alcanzar. Pero la realidad histórica ha sido muy distinta, las promesas no se han cumplido, al contrario, vivimos tiempos convulsos, la incertidumbre domina el horizonte político, la sociedad parece no encontrar ninguna referencia que pueda satisfa-

cer las ansias siempre permanentes de felicidad, y el hombre contemporáneo, atrapado en la inmediatez, ha perdido la esperanza.

*Que este número de **Cristiandad** sirva para avivar en nosotros la certeza de que, más allá de los dramas de la historia, el Corazón de Jesús sigue reinando en su Iglesia*

Que este número de *Cristiandad* sirva para avivar en nosotros la certeza de que, más allá de los dramas de la historia, el Corazón de Jesús sigue reinando en su Iglesia, en los mártires de nuestros días, en los corazones de tantas personas desconocidas por los hombres, pero muy cercanas a Dios y que, gracias a su perseverante y fervorosa oración del «*Adveniat Regnum tuum*» podemos esperar que Dios adelante los tiempos prometidos de su reinado en toda la humanidad.

«¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20)

El Concilio Ecuménico Vaticano II afirma: «Cuando [...] faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede—, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación». Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos, por tanto, en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

La esperanza que nace del amor (apuntes bajo una luz tomista)

Toni Prevosti Monclús

La devoción al Corazón de Cristo, en cuanto nos afianza en la caridad, es prenda de la más alta esperanza, la que supera el máximo obstáculo, que es la muerte, abriéndonos las puertas del Cielo, con la vida eterna.

EN respuesta al llamamiento que el Santo Padre hace a cada uno de nosotros a ser en este Año jubilar «peregrinos de esperanza», y en vistas, pues, a cumplir su deseo reavivando y alimentando con mayor intensidad esa esperanza que nos fue dada con la gracia y el perdón de los pecados, es útil e importante repensar qué es la esperanza, qué significa en nuestra vida, en nuestras actitudes, etc. etc.

La lectura atenta y pausada de la bula de convocatoria del Jubileo, *Spes non confundit*, del papa Francisco, constituye sin duda el primer y más adecuado medio para este fin. En ella el Papa nos remite a la insistencia de san Pablo en esta virtud, nos alecciona sobre la esperanza teologal junto con la fe y la caridad, y sobre su esencia y sus fundamentos, y además nos invita a redescubrir la esperanza implícita y como contenida en los signos de los tiempos, es decir, las esperanzas naturales y humanas, que patentizan lo que hay en el corazón del hombre, necesita-

do de la salvación de Dios. Remarca el Papa que la esperanza es «deseo y expectativa del bien», y que para mantenerla viva es necesario, aun cuando nos rodeen y nos embarguen sufrimientos y adversidades de cualquier tipo, prestar atención a las cosas buenas que hay a nuestro alrededor, a vivir en el bien y para el bien. El bien es, efectivamente, lo que los hombres deseamos y lo que realmente amamos. Por ello destaca, entre las palabras del Papa, el punto en que escribe que «la esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz.» (§ 3)

Por lo cual, es muy verdadero decir que la devoción al Sagrado Corazón es una devoción de esperanza,¹ y es capaz de abrir ante nosotros

¹ Así lo afirma la Dirección General del Apostolado de la Oración en su comentario a la proclama de una «Cruzada internacional de oración y penitencia» para el Año Santo de 1950. *Cristiandad* 138 (diciembre de 1949) 517.

un camino viable y seguro hacia eso que parece imposible, y que lo es para el hombre sin la ayuda de Dios, la restauración de la humanidad y la construcción de una sociedad cristiana en la que reinen la justicia, la paz y la fraternidad. Pero, sobre todo, la devoción al Corazón de Cristo, en cuanto nos afianza en la caridad, es prenda de la más alta esperanza, la que supera el máximo obstáculo, que es la muerte, abriéndonos las puertas del Cielo, con la vida eterna. Dice, en efecto, el Papa: «La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, “la vida no termina, sino que se transforma” para siempre».²

Así pues, como escribe el Papa, es la experiencia viva del amor de Dios lo que «suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo» (§ 6). Sin embargo, también la fe tiene un papel fundamental para la esperanza, aunque no sin la conexión con la caridad: «He aquí por qué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad» (§ 3). Para gustar a fondo y asimilar con mayor aprovechamiento estas afirmaciones del Santo Padre, creemos que puede ayudar una consideración, a modo de recordatorio, de algunos puntos de las enseñanzas de santo Tomás de Aquino sobre la virtud de la esperanza.

Recordemos en primer lugar que el Aquinate nos habla de dos clases de esperanza, una que es humana y no es una virtud, sino una pasión del alma, y otra que es virtud y es sobrenatural, la virtud teologal de la esperanza. Hay entre ambas un pa-

ralelismo y semejanza, pero también importantes diferencias, y no deben ser confundidas. Nos interesa la esperanza teologal, pero para comprenderla es útil tener primero una noción clara de la esperanza común humana.

Al decir, en terminología escolástica, que ésta es una pasión del alma, ello significa que es una reacción de nuestra alma sensible a determinadas situaciones en función de la dificultad de alcanzar un bien que deseamos. Espontáneamente nuestro corazón

No hay, pues, nada más importante para reavivar nuestra esperanza, que pensar en el Cielo, en el goce indecible, insospechado, más allá de todo lo que hayamos esperado, que Dios nos tiene preparado en la otra vida.

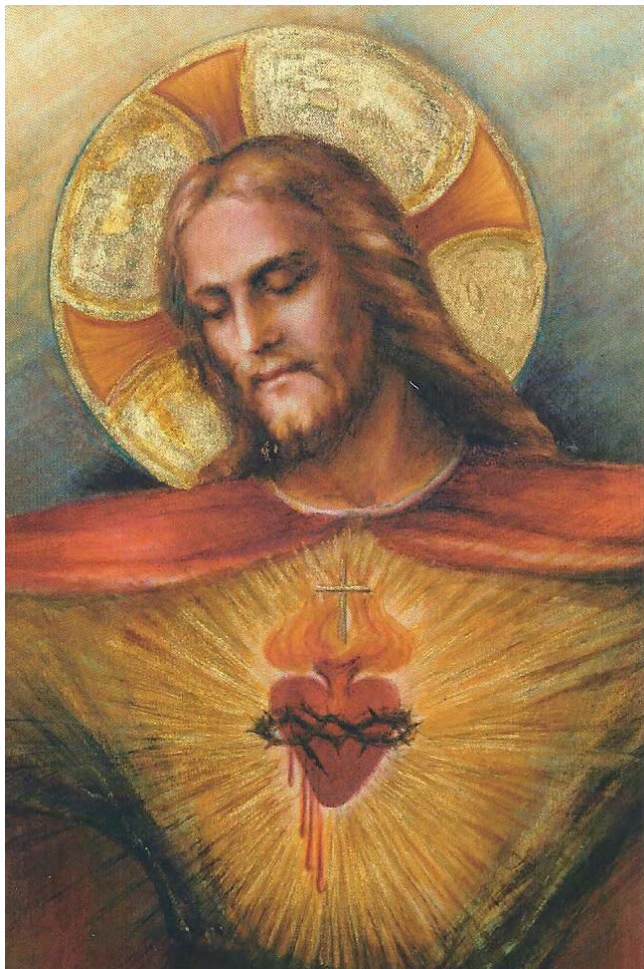
ama los bienes sensibles y odia los males. Pero cuando la obtención de un bien se encuentra obstaculizada por algo que se interpone con fuerza, la consecución del bien requiere un superior esfuerzo y alguna especie de lucha. Es en este caso que el corazón reacciona como elevando el deseo, fortaleciéndolo y llevándolo por encima del obstáculo hacia el bien amado. Es la pasión de la esperanza: el impulso hacia un bien difícil pero que se juzga posible de alcanzar. El paradigma de esta esperanza es la que surge frente al peligro de muerte en quien lucha por su vida. Sin embargo, todos los grados de dificultad existen y, por consiguiente, se dan también todos los correspondientes matices en la esperanza.

Podemos considerar ahora una forma especial de la esperanza hu-

mana que, más que una pasión que puede surgir o no surgir según las circunstancias, es algo constitutivo de la apertura del alma al mundo en el que vive: la esperanza que podríamos calificar de «ontológica» acerca de la continuidad futura de las cosas, igual que de uno mismo, en el ser y en el mantenimiento de las condiciones y leyes del ser que se conocen por la memoria. Cuando abro la nevera espero encontrar en ella lo que puse ahí anteriormente, y cuando empiezo a hablar con alguien espero poder terminar la frase, porque espero seguir existiendo y siendo yo mismo. Toda planificación y providencia sobre el porvenir tiene que basarse en una especie de confianza acerca del futuro de las cosas, que seguirán siendo lo que eran y se regirán por las mismas leyes de siempre. Esta esperanza, como mera expectativa, no parece calificarse por la existencia de ninguna dificultad a superar, pero desde luego es análoga a la pasión que sí se refiere a una dificultad, porque el futuro no deja de ser contingente, inseguro, fuera de nuestras manos. Esta esperanza, por otro lado, es indispensable para poder vivir; sin ella no podríamos hacer nada.

Pues bien, este carácter de necesidad para la vida no es exclusivo de esta forma «ontológica» de esperanza. En realidad necesitamos la esperanza en todas sus formas, porque la vida siempre es una lucha y siempre encuentra multitud de obstáculos, que culminan en el desastre final de la muerte. Esta es la razón de que entre las pasiones del alma, que Dios ha concedido a nuestro sistema sensitivo al crearnos, se encuentre la pasión de la esperanza, como hemos explicado. El Papa cita en su bula de convocatoria una frase de san Agustín: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin

² Bula *Spes non confundit* § 20.



La esperanza que brota del Corazón de Jesús

La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» (Rm 5,10). Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo.

Francisco, *Spes non confundit*.

estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar.» (§ 3)

Ahora bien, puesto que nuestro destino, para el que Dios nos ha criado, no es sensible ni es de este mundo, sino que es algo sobrenatural y fuera de nuestro alcance, a saber, la amistad y el goce de la visión de Dios en la vida eterna, Dios mismo nos concede otra esperanza, superior, que a la vez que nos presenta ese fin sobrenatural como posible de alcanzar, por su gracia y auxilio, nos hace capaces de desearlo y de esperarlo. Esta esperanza es ya una virtud; y es una virtud teologal, porque su objeto es Dios mismo, como lo es también su fundamento.

Santo Tomás de Aquino argumenta que la esperanza teologal es una virtud porque virtud es, según una

afirmación de Aristóteles, «lo que hace bueno a aquél que la tiene y hace bueno su obrar.» La esperanza nos hace buenos a nosotros y a nuestro obrar en cuanto nos permite alcanzar a Dios, regla y medida suprema de toda bondad. Veamos cómo: de acuerdo con lo dicho acerca de la misma como pasión, el objeto de la esperanza es un «bien futuro arduo y posible de conseguir». Hagamos, pues, una reflexión sobre cada uno de estos conceptos que constituyen lo esencial de la esperanza, aplicados concretamente a la esperanza cristiana y teologal.

Ante todo, el objeto esperado es un bien, es decir, algo perfectivo de nuestro ser, amable, digno de ser querido. Se trata ni más ni me-

nos que del bien supremo, ya que es Dios mismo, en cuanto felicidad nuestra, indefectible, definitiva y eterna. **No hay, pues, nada más importante para reavivar nuestra esperanza, que pensar en el Cielo, en el goce indecible, insospechado, más allá de todo lo que hayamos esperado, que Dios nos tiene preparado en la otra vida.** Inmediatamente se echa de ver aquí la conexión de la esperanza con la fe, ya que es ésta la que nos presenta los misterios de la perfección de Dios y nos hace asentir a su palabra.

En segundo lugar, el objeto de la esperanza es futuro. Esto nos introduce la referencia al tiempo en los actos de esta virtud. El tiempo, además, puede ser largo y puede

ocurrir que esta misma dilación de la espera constituya la dificultad que más nos cueste, la dificultad que constituye la tercera nota del objeto de la esperanza. Por esto el papa Francisco advierte de la necesidad de la paciencia y su estrecha relación con la esperanza. El tiempo se nos hace aún más largo cuando está plagado de dificultades. Por otro lado, la relación con el tiempo implica que la esperanza no sea algo indiferente a la edad. Curiosamente, la experiencia, propia del que ha vivido ya tiempo, es causa de esperanza según santo Tomás, pero a la vez, la juventud lo es, precisamente porque los jóvenes tienen mucho futuro por delante y poco pasado, por lo que viven más en la esperanza que en la memoria.

A propósito de este tema, en un artículo publicado en esta revista el año 1962, Jaime Bofill decía que «la esperanza, entendida en su núcleo originario, es un trascender (por virtud propia o prestada) la contingencia temporal; es la tradición en cuanto proyectada al futuro». Se refería a que el pasado nos da conciencia de una fuerza que permanece joven en nosotros y nos permite afrontar la amenaza de toda futura contingencia. De lo cual sacaba una práctica y bella conclusión: que «la misión de los viejos es confortar, en los jóvenes, la esperanza».³

Consideremos a continuación el tercer ingrediente: el obstáculo, la dificultad, lo que hace que el bien sea arduo. El bien esperado, en este caso, la visión de Dios, no es que sea difícil de alcanzar para nosotros,

sino que es totalmente imposible. El hombre no puede salvarse por sus propias fuerzas. Somos criaturas finitas y Dios, infinito, nos supera infinitamente. Sólo conocemos de Él su existencia y sabemos lo que no es, pero poco o nada de lo que es. Sin la revelación de los planes de Dios que acogemos por la fe, no tendríamos tal esperanza. Y aun sabiendo que Dios quiere dárse nos para que vivamos con Él, el camino hasta alcanzarlo no es fácil para nosotros, heridos por el pecado. Olvidar esto nos llevaría a la presunción. Para

Para alimentar la llama de la esperanza también es necesario meditar con humildad la propia debilidad y la nulidad de nuestras capacidades humanas.

alimentar la llama de la esperanza también es necesario meditar con humildad la propia debilidad y la nulidad de nuestras capacidades humanas.

Nos falta solo considerar el cuarto componente de la esperanza: la posibilidad de alcanzar el bien deseado. Santo Tomás observa en general que lo que hace posible alcanzar el objeto puede encontrarse o bien en el propio sujeto que espera, en sus propias fuerzas, o bien consistir en un auxilio ajeno. Obviamente, la esperanza teologal solo puede fundarse en un auxilio exterior, es decir, únicamente en los medios que Dios mismo ponga para llevarnos hasta Él. He aquí, pues, lo que más fuerte y más alentadoramente nutre nuestra esperanza: conocer los designios

divinos y las vías de su dispensación a los hombres. Tenemos en primer lugar las promesas hechas por Dios a nuestros padres, desde los más remotos tiempos, recogidas en la Biblia. Sabemos que Dios es omnipotente, que es bueno y fiel, que nos ama y quiere nuestro bien. Por ello podemos estar ciertos de que cumplirá lo que prometió y que podemos confiar en Él.

He aquí, pues, la confianza, tan unida y tan similar a la esperanza. Santo Tomás dice que hablamos de confianza por cuanto es una disposición que surge de una cierta creencia o fe previa. Confiar, en efecto, es creer en la palabra del amigo y en su sincera amistad cuando nos promete ayudarnos en algo. Así la esperanza, en general, cuando se funda no en nuestras fuerzas sino en la ayuda de otro, tiene una doble referencia: al bien esperado y a aquél de quien esperamos recibirlo o facilitarlo. Esta vertiente de la esperanza que mira a la persona de quien esperamos recibir la ayuda necesaria, tiene el carácter de la confianza. Hablando de la esperanza teologal, Dios es a la vez el bien esperado y el ser en quien confiamos. Es Dios mismo la fuente y el puntal de nuestra confianza, y, en último término, en el origen, su amor inquebrantable por nosotros, su misericordia infinita, manifestada de múltiples maneras, hasta la entrega de su Hijo primogénito, que nos amó *-dilexit nos-* hasta el extremo. Retornamos con esto, pues, al mensaje nuclear del Papa que citamos al principio: «la esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz».

³ *Cristiandad* 381 (noviembre de 1962) 257.

Las consecuencias de la falta de esperanza en el mundo actual

María Dolores Barroso

La actual falta de esperanza es un síntoma de algo más profundo que ha ido debilitando y envenenando los vínculos esenciales que sostienen la vida humana y que ha dejado a multitud de personas sin referencias sólidas sobre las cuales caminar y sostenerse.

Estado actual de la desesperanza en los niños y jóvenes

Si bien santo Tomás enseña que la esperanza es una pasión propia de la juventud¹, y por ello

1 Tomás de Aquino, S. Th. I-II, q 40, in c.: «La juventud, según afirma el Filósofo en *II Rhetoric.*, es causa de esperanza por tres razones, que pueden tomarse de las tres condiciones del bien que es objeto de la esperanza; a saber, que es futuro, arduo y posible, según se ha indicado (a.1). En efecto, los jóvenes tienen mucho futuro y poco pasado. Y, por tanto, como la memoria es de lo pasado, y la esperanza, de lo futuro, tienen pocos recuerdos, pero viven mucho de la esperanza. Por otra parte, los jóvenes, por el calor de la naturaleza, abundan en espíritus vitales, y por eso se les ensancha el corazón. Por eso los jóvenes son animosos y tienen buena esperanza. De la misma manera, también aquellos que no han sufrido reveses ni han experimentado obstáculos en sus esfuerzos juzgan con facilidad que una cosa les es posible. De ahí que los jóvenes, por su inexperiencia de los obstáculos y defi-

es una etapa en la que justamente se van adquiriendo todos los hábitos necesarios para crecer con vistas a un camino futuro de apertura y entrega. Esta etapa en las últimas décadas y más especialmente estos últimos diez años, está especialmente marcada por la tristeza y la desesperanza.

Parece una realidad patente que, a pesar del esfuerzo en el ámbito de la salud de realizar un trabajo de prevención y de la insistencia y aumento de la preocupación por la salud mental de los jóvenes y niños, los datos muestran un crecimiento constante de la prevalencia de multitud de trastornos mentales entre edades muy tempranas. Este fenómeno no es una simple cuestión de vulnerabilidad individual o de un grupo minoritario vulnerable, sino de un problema que afecta a la mayoría de la juventud actual. El in-

ciencias, fácilmente consideren posible una cosa. Y por eso son de buena esperanza».



Grabado de uno de los siete pecados capitales de Jacques Callot (Francia) 1615.

forme *Youth Risk Behavior Survey* de 2023² mostró un fuerte aumento en la tristeza y desesperanza entre los adolescentes. En los últimos 10 años, el porcentaje de jóvenes que se sienten desesperanzados se ha incrementado de un 36 % a un 57 %. Si atendemos los datos de un contexto más cercano, en el programa de atención al suicidio de *Sant Joan de Déu*, observan cómo el perfil de los chicos atendidos previamente a la pandemia se

2 Youth Risk Behavior Survey Data Summary & Trends Report elaborado por los Centers for Disease Control and Prevention (CDC), 2023: <https://www.cdc.gov/yrbbs/results/2023-yrbbs-results.html>.

centra en problemas relacionados con dificultades que encontraban para seguir el ritmo de exigencias relacionadas, muchas de ellas, con expectativas sociales. Sin embargo, durante la pandemia los problemas que generaban ese nivel de malestar se centraron en el conflicto dentro del marco familiar. Junto con estos aspectos, se ha observado además que, en las adolescentes, en los últimos años, se han incrementado dos problemáticas: los TCA y la conducta suicida, dos formas de expresión del malestar que habitualmente se manifiestan más en las mujeres.³

3 Villar, F. *Cómo las pantallas devoran a*

Los datos publicados por el Instituto Nacional de Estadística a finales de 2022, referentes a la muerte por suicidio de 2021,⁴ son congruentes con los datos que señalan los anteriores autores: crecimiento del malestar a edades más tempranas, y una mayor afectación en las mujeres. Desde 2019 se viene detectando un aumento de la muerte por suicidio en menores de 15 años, pero con un marcado incremento del 56% en 2021 respecto a 2020. Además, se ha observado que entre las mujeres se siguió registrando un leve incremento de la mortalidad respecto a años previos llegando en 2021 a tener la menor diferencia histórica entre hombres y mujeres fallecidos por suicidio.⁵

Estos datos indican que, a pesar de los esfuerzos en diversos ámbitos para reducir y paliar el malestar, no se advierte una reducción de los datos de mortalidad, sino que además, entre otros aspectos se están incrementando las tentativas y la ideación suicida vinculadas a esta sensación de tristeza y desesperanza muy particular de esta época.

Si bien desde el ámbito psicológico no se abordan tan directamente las causas de este malestar, sí se constata que no es un problema meramente individual.

La desesperanza desde una mirada antropológica

Esta falta de esperanza es un síntoma de algo más profundo que ha ido debilitando y envenenando los vínculos esenciales que sostienen la vida humana y que ha dejado a multitud de personas sin referencias

nuestros hijos, Herder (Barcelona 2023)

4 Ver: <https://www.ine.es/dynt3/inebase/es/index.htm?padre=8965&capsel=8973>.

5 Villar, F. Op.cit.

sólidas sobre las cuales caminar y sostenerse.

Se ha interiorizado que debemos preparar a los niños para un mundo futuro en constante cambio y a que «vivan y toleren la continua incertidumbre», asentando en este principio las bases tanto de la educación familiar como escolar. Sin embargo, multitud de neuropsicólogos⁶ señalan que el cerebro del niño está siendo expuesto justamente a un nivel de estimulación que parece afectarlos negativamente en vez de llevarlos a un nivel «superior» de adaptación. Y más en concreto, estudios recientes han demostrado que el uso excesivo de dispositivos digitales, por ejemplo, está asociado a un aumento en los niveles de ansiedad y depresión, especialmente en adolescentes.

Los niños y jóvenes parecen cada vez más alejados de lo que nos ayuda a crecer como seres humanos, de la interacción con los otros, de las inquietudes del crecimiento de una vida interior basada en lo real, de la rica y necesaria relación personal, en la cual los niños se encuentran con otros niños, son capaces de compartir tiempo juntos y tolerar las molestias y fastidios del otro, así como de tener la oportunidad de ir aprendiendo a llevar esas molestias, a controlar la frustración porque no siempre obtienen lo que quieren, a perdonar, a agradecer, a perder, a tolerar los errores del otro porque también él ha sido perdonado...

Frente a lo que necesitarían, llama la atención cómo el joven crece expuesto a un ambiente de constante cambio en el que la pérdida de certezas sobre sí mismo y el mundo que le rodea se hace patente: está conven-

cido de que es y debe ser autosuficiente, «debe priorizarse», atender a sus propias necesidades, saber poner límites, priorizar los propios sentimientos. La figura de autoridad se convierte en una figura coercitiva. Y entonces, por un lado, todo depende de uno mismo, pero por otro lado, poco o nada es responsabilidad propia. Esas exigencias internas le llevan a una fuerte desconfianza de los otros, manifestándose en un elevado control y perfeccionismo, rasgos que conviven a la vez con muy baja tolerancia a la frustración ante los errores propios y ajenos y bajo compromiso en aquellas tareas que van a requerir tolerar una cierta renuncia y perseverancia. Lo que se traduce en que, en multitud de ocasiones, detrás de esos intentos de control hay unas profundas inseguridades. Y estas inseguridades conviven a su vez con una vida de relaciones superficiales y elevada impulsividad que, en multitud de ocasiones, intentan compensar todo lo anterior.

Podríamos decir, en este sentido que, la **inestabilidad e incertidumbre** son dos características descriptivas de nuestra época por la falta de ideales sólidos que orienten al joven y le permitan reconocer su propio valor. A este respecto, **Martín Echavarría**⁷ al reflexionar sobre la situación social actual señala que: «La crisis de la identidad en el sujeto contemporáneo es el resultado de la disolución de los referentes culturales y familiares que dan sentido y estructura a la personalidad». La falta de figuras paternas sólidas y la inestabilidad de la familia han privado a muchas personas del amor

incondicional y de la guía necesaria para que crezca internamente aquella seguridad y confianza esencial en el niño.⁸ Sin este marco, los jóvenes buscan, podríamos decir que, de un modo «adictivo», la validación en fuentes externas, como las redes sociales, donde la imagen y el reconocimiento superficial sustituyen a la verdadera aceptación y pertenencia. A su vez, viven con mucha dificultad la asunción de las responsabilidades propias de las edades en las que se encuentran quedándose psíquicamente «atrapados» como en actitudes más infantiles, donde tanto la motivación y la responsabilidad sobre sus actos sigue siendo externa, y donde la búsqueda de sensaciones se convierte en brújula de determinadas decisiones y alimenta una actitud ante la vida llena de miedos, inseguridades, impaciencia e indecisión. Actitudes de una elevada fragilidad psíquica que parecen surgir como consecuencia de la ausencia de un ideal claro, por lo cual no pueden hacer frente por sí mismas a los inconvenientes que aparecen ante la realización de sus deseos.⁹

Retorno a la confianza en aquel que nos amó primero

Esta «adicción» a la inmediatez tanto en las relaciones como en la vida ordinaria no solo debilita la voluntad, sino que dificulta justamente todo aquello necesario para la esperanza (y por ello, para el esfuerzo requerido en el «esperar paciente»). La desesperanza se ha alimentado y se alimenta de la ausencia de ideales. Se pierde una visión trascendental de la vida, y sin ésta, se

6 Cf. Spitzer, M.; Oberst, U. E. *Aprendizaje: neurociencia y la escuela de la vida*, Omega (2005).

7 Echavarría, M. F. «El carácter patógeno de la cultura contemporánea», *V encuentro de formación para jóvenes*, V Jornada universitaria de apologetica, 2011, p. 122.

8 Palet, M. *La familia, educadora del ser humano*, Pequeño Monasterio (2022).

9 Ibidem.

pierde la fuerza para afrontar las dificultades de la propia vida. Quedamos a merced únicamente del mundo emocional y con una fuerte carencia de certezas existenciales y del vínculo de confianza tan necesario para afrontar los cambios vitales. Esta condición que Tomás de Aquino asemeja a la «acedia»,¹⁰ es un estado de tristeza que lleva a la desesperación y a la inacción y que, como señala Canals: «Es el mal de una sociedad que ha olvidado que la verdadera felicidad no está en la autosuficiencia, sino en la apertura a Dios y a la comunidad».¹¹

Dicho de otra manera, pero desde la misma mirada: «El fondo de la vida es el gozo y la esperanza por-

10 Tomás de Aquino, S. Th. II-II, q. 35.

11 Canals, F. «La pereza activa», Rev. digital *E-Aquinas*, Año 2 (2004).

que es el amor, a pesar de las dificultades, de la laboriosidad de la vida interior y del esfuerzo, y del cansancio de la naturaleza caída, de la carne contra el espíritu, de la vulneración en lo natural que tenemos. A la acedia me parece que hay que atribuir la drogadicción, el suicidio juvenil, el conflicto de generaciones, etc. Tenemos que aprender a orar y si no oramos nunca tendremos vida interior, lo que nos hace desamorados, un defecto del gozo en el bien. Hay cosas que no se explican sin esta teología de la acedia, el más grave de los vicios capitales, que puede llevar por un camino muy aburrido a la soberbia y a la rebelión contra Dios y el prójimo y a la absoluta insoportabilidad de la vida, porque el fondo de la vida sería tan inexorablemente aburrido...

Nos molesta el ser nosotros mismos porque nos exige generosidad. Es lo que santo Tomás dice y sabe de nuestros tiempos. Yo no encontraría otro remedio contra la tristeza pesada, la depresión, sino la oración humilde y sencilla».¹²

Es una confianza que se asienta en la certeza de que somos queridos y de que somos amados gratuitamente en nuestra limitación, en la conciencia de que somos sostenidos continuamente y esperamos siempre en aquel que nos promete ayuda desde una esperanza cierta. Frente a la autosuficiencia, la conciencia de «dependencia» no nos esclaviza ni nos humilla, sino que nos ofrece un refugio seguro de paz que alimenta la esperanza de que siempre somos amados y sostenidos.

12 Ibidem.

«El acidioso no realiza con solicitud la obra de Dios»

Se trata de una tentación muy peligrosa, con la que no se debe jugar. Quien cae víctima de este vicio es como si estuviera aplastado por un deseo de muerte: todo le disgusta; la relación con Dios se le vuelve aburrida; y también los actos más santos, los que le habían calentado el corazón, ahora, le parecen completamente inútiles. La persona empieza a lamentar el paso del tiempo y la juventud que queda irremediablemente atrás.

La acedia ha sido definida como «el demonio del mediodía»: nos atrapa en mitad del día, cuando la fatiga está en su ápice y las horas que nos esperan nos parecen monótonas, imposibles de vivir. En una célebre descripción, el monje Evagrio representa así esta tentación: «El ojo del acidioso se fija en las ventanas continuamente y en su mente imagina visitantes [...] Cuando lee, el acidioso bosteza a menudo y se deja llevar fácilmente por el sueño, se frota los ojos, se refriega las manos y, apartando la mirada del libro, la fija en la pared; después, dirigiéndola nuevamente al libro, lee un poco más [...]; finalmente, inclinando la cabeza, coloca el libro debajo de ella y se duerme en un sueño ligero, hasta que el hambre lo despierta y le apremia a atender sus necesidades»; en conclusión, «el acidioso no realiza con solicitud la obra de Dios».

Colapso demográfico de un mundo sin esperanza: ¿por qué ya no tenemos hijos?

Jorge Soley Climent

Parece, pues, evidente que el hundimiento de la natalidad, si bien se ve afectado por múltiples factores, es en el fondo reflejo de una mentalidad que no ve sentido a perpetuar la especie.

LEJOS, muy lejos, quedan los tiempos en los que preocupaba la «bomba de población» que vaticinaban Paul Ehrlich y el Club de Roma, una supuesta amenaza que sólo existió en sus neomaltusianas imaginaciones. El problema es otro y ya no se puede ocultar por más tiempo: un invierno demográfico que ya nos está golpeando y cuyos efectos serán cada vez más graves. Apenas pasa un día sin que aparezcan noticias sobre la caída de la natalidad en todo el mundo. Noticias que suelen ir acompañadas de funestas previsiones sobre las consecuencias económicas y sociales de esta escasez de nacimientos.

Las cifras son abrumadoras y casi universales. Occidente tiene cada vez menos hijos y, por desgracia, los países nominalmente católicos no son excepción: las tasas de fertilidad están desde hace muchos años por debajo de los 2,1 hijos por mujer, necesarios para el manteni-

miento de la población. A España (1,12) e Italia (1,18) se les ha unido Polonia (1,11), cuya natalidad se ha desplomado a la vez que caía la práctica religiosa. Si hace 30 años la asistencia a la iglesia entre los jóvenes polacos era del 70%, ahora sólo alcanza el 25%. Al otro lado del Atlántico, Estados Unidos ha caído a 1,6 hijos por mujer, mientras Canadá sólo llega a 1,3.

En Hispanoamérica el panorama no es mucho mejor: México (1,45), Colombia (1,21) o Argentina (1,25) tienen tasas bajísimas, pero el récord lo tiene Chile, que ha visto reducirse su tasa de fertilidad en una década en un 51%, hasta un paupérrimo 0,88 hijos por mujer. Filipinas, la nación cristiana más grande de Asia, también ha caído un 49%, hasta los 1,40 hijos por mujer.

En Asia, Japón lleva trece años seguidos de disminución de su población. Los nacimientos en China en 2024 apenas superaron los 6 mi-

llones, menos de la mitad que en 2013. La tasa de fertilidad en Corea del Sur es de 1,1 y la India ha pasado de los 4 hijos por mujer de los años 80 a estar ligeramente por debajo del nivel de reemplazo, con sólo dos hijos por mujer.

La única región del mundo cuya población aún crece es el África negra, mientras que los países musulmanes se sitúan con tasas por encima del nivel de reemplazo pero por debajo de los tres hijos por mujer. Israel es otra de las excepciones, superando los tres hijos por mujer. En cualquier caso, tres cuartas partes de la humanidad vive en países con una fertilidad por debajo del nivel de reemplazo.

Las consecuencias de este colapso de la natalidad son múltiples y resultan cada vez más evidentes. Desde un punto de vista económico se habla de la contracción de la mano de obra, de la reducción del gasto de los consumidores, de la disminución de los ingresos fiscales y del colapso del sistema de pensiones en sociedades con pirámides de edad invertidas. Un país envejecido está condenado al estancamiento y a endeudarse sin fin para financiar un modelo social insostenible.

Todo esto ya no es una alarmante previsión, sino una realidad que ya experimentamos: por poner un ejemplo, la falta de alumnos ya ha abocado a la fusión o cierre de una treintena de colegios en Vizcaya. **Eugénie Bastié** ha escrito al respecto que si Víctor Hugo decía que «abrir una escuela es cerrar una cárcel», hoy en día en Francia, «cerrar una escuela es abrir una residencia de ancianos».

Pero el impacto va más allá de lo meramente económico y es la causa de, entre otros preocupantes fenómenos, la **plaga de soledad** que cada

vez afecta a más personas y que ha hecho dispararse el número de personas que mueren solas y cuyo cadáver es descubierto pasados varios días de su muerte. Fue **Raymond Aron** quien escribió en sus *Memorias* que «los europeos están en trance de suicidarse por falta de natalidad. Los pueblos que no se reproducen están condenados al envejecimiento y, al mismo tiempo, son atrapados por un estado espiritual de abdicación, de fin de siglo». Una reflexión que ha desbordado ya los límites de Europa y que es de aplicación hoy a casi toda la humanidad.

Ante este panorama son muchos los gobiernos que, conscientes de la gravedad de la situación, adoptan medidas destinadas a favorecer la natalidad. En Europa destaca Hungría por su enorme esfuerzo, invirtiendo el 5,5% de su PIB en políticas de familia frente al 1,5% que invierte España, muy por debajo de la media europea que se sitúa en el 2,4%. Las últimas medidas adoptadas por el gobierno de Orbán contemplan la exención vitalicia del impuesto sobre la renta para las madres de dos o más hijos al tiempo que hará realidad «el mayor programa de reducción de impuestos de Europa» en lo relativo a las tasas impositivas que han de asumir las familias. Estas políticas han tenido impacto (se estima que sin las políticas de familia implementadas por el gobierno de Orbán desde 2010 hoy habría 200.000 niños menos en Hungría), pero éste es limitado. En Asia es Corea del Sur el país que apuesta con mayor decisión por una política de ayudas pro natalistas, aunque los resultados no están siendo los esperados.

Otros países parecen haber tirado la toalla en relación a una recuperación demográfica. Japón apuesta por la robotización para compensar el dé-

ficit de natalidad, pero si en términos estrictamente económicos esta estrategia puede tener un cierto, aunque parcial, sentido, por ahora los ancianos no se muestran demasiado contentos cuando quien les visita ya no es un nieto, sino un robot. Alemania y la mayor parte de Europa han optado por otro enfoque: intentar cubrir el déficit de nacimientos con una inmigración masiva que puede disimular a corto plazo el problema, pero que no lo solventa. Además de porque esa inmigración masiva añade más presión sobre los servicios públicos y genera graves problemas de convivencia, por la sencilla razón de que el inmigrante no es una mónada flotando en el espacio del libre mercado, sino que es un ser de carne y hueso que tiene padres propios a los que cuidar. Pretender que se haga cargo también de los europeos sin hijos, cargando sobre sus espaldas el doble de peso, es desconocer la naturaleza humana y, en cualquier caso, aplaza pero no soluciona el problema.

El relativo fracaso de las medidas para incentivar la natalidad, muy centradas en ayudas económicas (necesarias pero claramente insuficientes), parece indicar que estamos ante un problema de mayor calado. Las condiciones materiales pueden ser relevantes (y en muchos casos de justicia elemental), pero es un hecho que sociedades pobres han tenido altas tasas de fertilidad y que, por el contrario, sociedades opulentas se caracterizan por una trágica caída de la natalidad. La revolución sexual, con la irrupción de los anticonceptivos químicos, ha tenido un impacto obvio. Otros señalan el desarrollo del Estado del bienestar, que, al menos hasta ahora, prometía cuidarnos en nuestra vejez, como otro factor que desalienta el tener hijos. Por otro lado, no es sólo

que se tengan cada vez menos hijos, es que cada vez son menos quienes los tienen. Los que contraen matrimonio (un indicador clave, porque el tener hijos se correlaciona altamente con el hecho de casarse) son muchos menos y cuando lo hacen es a una edad más avanzada, reduciéndose así el índice de fertilidad. En los Estados Unidos, la edad media a la que una mujer es madre por primera vez ha pasado de 21 años en 1970 a 27,5 en 2021, mientras que la edad media a la que una mujer contrae matrimonio ha pasado de 20 años en 1960 a 28,5 en 2022.

En una interesante encuesta realizada por *Pew Reserach Forum* en 2024 en la que se encuestó a adultos estadounidenses de entre 18 y 49 años que no tienen hijos y que

afirman que es poco probable que alguna vez tengan hijos, se pidió a los encuestados que respondieran a varias posibles razones por las que era poco probable que tuvieran hijos. La razón principal más común para no tener hijos fue que «Simplemente no quieren», que fue la opción elegida por el 57% de los participantes. La segunda razón más común fue que quieren «centrarse en otras cosas» (44%), seguida por «preocupación por el estado del mundo» (38%), y sólo después por «no pueden permitirse criar a un niño» (36%). El 20% indicó que «No les gustan los niños» como razón principal de su decisión.

Parece, pues, evidente que el hundimiento de la natalidad, si bien se ve afectado por múltiples fac-

tores, es en el fondo reflejo de una mentalidad que no ve sentido a perpetuar la especie. Son cada vez más los que indagan por esta línea. **Ada Li**, analista de Bloomberg, escribía recientemente que «es posible que los jóvenes hayan optado por su satisfacción inmediata en lugar de formar una familia». La idea de que tener hijos es algo que hay que elegir, y no la situación normal y natural, lleva a cada vez más mujeres a optar por un estilo de vida en el que, sencillamente, los hijos no tienen cabida. En efecto, el ideal de vida que se propone a los jóvenes se ha reducido a la exaltación de la emancipación individual, lo que en la práctica se traduce en una agotadora sucesión de placeres superficiales y espasmódicos que no puede detenerse nunca por

«La pérdida del deseo de transmitir la vida»

Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la pérdida del deseo de transmitir la vida. (...)

La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza.

Francisco,
Spes non confundit, 9



miedo a que ese alto sea la ocasión para que la desesperanza, siempre al acecho, asalte el baluarte anímico de quien Philippe Muray llamaba *homo festivus*.

Este panorama se completa con el pánico climático: en el Reino Unido, el 40% de los jóvenes de entre 16 y 24 años no quieren tener hijos a causa del miedo a una hecatombe climática. El mensaje es claro: hay que reducir la huella de carbono a todo coste, «puedes proteger a los niños y luchar contra el cambio climático simultáneamente, negándote a procrear». Son muchos los líderes de opinión que lanzan esta pregunta: ¿es moralmente aceptable concebir y criar hijos en medio de una catástrofe climática? El nombre de una de las organizaciones que lidera este discurso, *Voluntary Human Extinction Movement*, lo dice todo.

Quizás haya, pues, que buscar la raíz profunda del colapso de la natalidad en la plaga de desesperanza que azota el mundo. No es sólo una crisis económica o social; en última instancia, es una crisis espiritual. Que el hombre tiene necesidad de sentido es algo que no discute nadie, pero ese sentido tiene que tener un objeto al que dirigirse y ese objeto ha de ser capaz de colmar el anhelo del hombre. San Agustín lo expresó magistralmente con sus célebres palabras: «Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». Pero le dimos la espalda a Dios y nos lanzamos en pos de diversas religiones de sustitución, cada una ofreciendo un objeto que supuestamente iba a colmar nuestras inclinaciones más profundas y daría sentido a nuestras vidas. La causa de una libertad concebida como fin, la revolución socialista, la hegemonía racial, la liberación de la mujer de no se sabe

cuántas opresiones, la salvación del planeta, la minoría victimizada de turno, un futuro transhumano o incluso la equiparación entre personas y animales. Podríamos seguir. Todas ellas prometieron dar sentido a nuestras vidas y han fracasado estrepitosamente. Algunas todavía insisten, mendigando una nueva oportunidad y engañando a una nueva remesa de incautos, dispues-

Quizás haya, pues, que buscar la raíz profunda del colapso de la natalidad en la plaga de desesperanza que azota el mundo. No es sólo una crisis económica o social; en última instancia, es una crisis espiritual.

tos a aferrarse a lo que sea con tal de no dirigir su mirada al abismo que se abre ante sus ojos. Pero lo cierto es que ya nadie cree en el progreso, del tipo de que sea: el experimento de sustituir a Dios por la obra de los hombres nos ha llevado a un callejón sin salida.

Nuestras vidas carecen de sentido más allá de la satisfacción de las pulsiones más básicas, y esa ausencia de sentido nos pesa, nos agobia, nos produce una gran angustia que intentamos engañar con ruido, fármacos y cualquier otra cosa que nos mantenga distraídos. Rechazado aquel en quien se funda la esperanza, el fracaso de las falsas esperanzas que el hombre occidental ha abrazado sucesivamente ha dejado paso a un nihilismo banal que nos ahoga. Por si fuera poco, todas nuestras teorías, todas nuestras expectativas se vienen abajo ante el convulso mundo que nos ha

tocado vivir. Y así, el mundo nos resulta incomprensible, dejándonos aturridos y temerosos. ¿Quién puede desear traer hijos a ese mundo, incomprensible y amenazador? Y a medida que esa profunda desesperanza, esa angustia nihilista, nacida en el Occidente que ha apostatado, se va extendiendo por todo el planeta, se van secando otras culturas y sociedades, que ahora también ven enturbiarse aquel sentido de la vida que las mantenía con vida.

Escribía Oswald Spengler hace un siglo que cuando se necesitan razones para tener hijos es seguro que no se tendrán. Se tienen hijos no porque hayamos llegado a la conclusión, tras sesudos análisis, de que sea algo conveniente, sino porque es lo propio de la vida, porque es lo propio de nuestra naturaleza, porque cada vida es un regalo que encuentra su sentido cuando sabe que su destino es vivir eternamente junto a su Creador. Es esa esperanza la que nos hace vivir confiados en medio de todas las pruebas y tribulaciones que entrañan esta vida terrenal, que aunque pueda parecer una mala noche en una mala posada, es el camino hacia la vida de la gloria, donde todos nuestros anhelos, y aún más, serán colmados. Si se pierde esa esperanza, vanos serán todos los incentivos para traer hijos a un mundo que estaremos contemplando con la misma mirada de Macbeth cuando, al probar el amargo fruto de una vida de ambición sin escrúpulos, afirmaba desesperado: «La vida no es más que una sombra que camina; un pobre actor que se pavonea y se inquieta durante horas en el escenario, y luego nadie más lo escucha: es una historia contada por un idiota, llena de ruido y furia, que no significa nada». ¿Quién querría condenar a su hijo a vivir una vida así?

Esperanza y desesperanza en la literatura

María Ramos

La actual falta de esperanza es un síntoma de algo más profundo que ha ido debilitando y envenenando los vínculos esenciales que sostienen la vida humana y que ha dejado a multitud de personas sin referencias sólidas sobre las cuales caminar y sostenerse.

EL profesor Santiago Arellano no dudaba en referirse a menudo a la historia de la literatura como la contienda entre dos civilizaciones, siguiendo lo que san Agustín escribió en *Civitas Dei*: «Dos amores fundaron dos ciudades...» La celestial y la terrena. «Una trascendente, que pone su horizonte en Dios, Creador y Redentor (...) y otra inmanente, que sostiene que solo el hombre es el ser supremo para el hombre».¹ Efectivamente, esta contienda que se da en nuestra realidad encuentra su perfecto reflejo en la literatura, en tanto que espejo de la condición humana. La diferencia entre ambas radica en el orden o desorden de su afecto, de su amor («Ahí donde está tu tesoro, estará tu corazón», Mt 6, 21). ¿Hacia dónde miran una y otra? ¿En qué ponen su afecto? ¿Cuál es su tesoro? ¿Dónde descansa su corazón?

Mientras que en la ciudad celestial, el amor de los hombres los lleva

a depositar su esperanza última en Dios, los de la ciudad terrena la depositan en sí mismos, abocándose de un modo irremediable a ese desenlace paradójico, que es un abismo de desesperanza. Dante describe muy bien cómo es este abismo en la inscripción de la puerta a los infiernos de la *Divina Comedia*: «Por mí se va a la ciudad del llanto; por mí se va al eterno dolor; por mí se va hacia la raza condenada... ¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza».² Así es la ciudad sin Dios, así está el corazón de quien no está junto a Él, en una lejanía, oscuridad y ceguera tan grandes que ni siquiera pueden vislumbrarlo... El Infierno es el lugar de la desesperanza, del llanto, del dolor, de la desesperación del hombre que se ha elegido a sí mismo antes que al Creador.

Esta desesperanza no nos es ajena, pues habitamos un mundo profundamente sumido en ella en muchos sentidos, aunque éste pretenda

¹ Andrés Jiménez Abad, «Prólogo» en Santiago Arellano, *Apuntes de historia de la literatura española*

² Dante Alighieri, *Divina Comedia*, «Infierno», canto III



Dante y Beatriz en el Paraíso

aparentar todo lo contrario en su carta de presentación, en la que nos muestra un rostro buenista, optimista, seguro, activista y «esperanzado». Pero, ¿en qué se funda esto? Como dice el cardenal Sarah, «la esperanza no consiste en un plácido optimismo. Si la esperanza del creyente nace de Dios, solo se puede esperar de verdad en la medida en que esté unido a Dios, abierto a su influencia.(...)»

El *Catecismo* nos dice que es «la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los Cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo».

Nos lo ha dicho Jesús: «Yo he vencido al mundo».³ También Dostoyevski, haciéndose eco de sus palabras, nos alienta a permanecer en esta actitud esperanzada, sabiendo que no seremos nosotros, sino la Belleza la que nos redimirá.

Una de las situaciones que, en la actualidad, expresa de un modo evidente este combate que se libra en el corazón humano, que se debate entre esperar o desesperar, es la del encuentro del hombre con la muerte. Ponernos ante la pregunta por la muerte nos despierta irre-

mediablemente aquella otra acerca de cómo queremos vivir, o cómo estamos viviendo. En lo que uno espera de la muerte se descubre la clave de cómo uno quiere encararla y recibirla. Es la pregunta por la muerte y lo que pasará después lo que nos llevará a rehuirla y temerla, o bien, acogerla como quien recibe a una vieja amiga a quien se espera desde hace tiempo, como hace don Rodrigo Manrique en las *Coplas* que le dedica su hijo. La muerte se puede abrir ante nosotros como un escenario de fatalidad y desconcierto, o como un encuentro con el Amor cara a cara. Se trata de dos miradas, una esperanzada, y otra nihilista y desesperada o, lo que podría ser peor, indiferente.

¡Y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos!...

Un reflejo de esta desesperanza ante la vida y la muerte lo encontramos en el poema de Rubén Darío, titulado «*Lo fatal*» que se encuentra en su poemario titulado, paradójicamente, *Cantos de vida y esperanza* (1905). El poema dice así:

Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque esa ya no siente,

pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...

Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,

y la carne que tienta con sus frescos racimos,

y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,

¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...

Este soneto puede despertar cierta compasión en el lector por la tristeza y tedio del yo lírico, que sobrevive en una existencia que es un verdadero valle de lágrimas, en el que el vacío que deja la ausencia de Dios es más que palpable. La angustia ante la nada a la que el poeta se creará arrojado con la muerte marca el tono del poema. El poeta envidia a los seres inanimados, anhela la dicha del árbol y la piedra que no sienten el peso, el dolor y la acritud de la existencia... El «no sentir» se abre para él como la

³ Robert Sarah; Nicolas Diat, *Se hace tarde y anochece*

posibilidad de redención de una vida que es penuria. Porque el poeta no anhela la vida, pero tampoco la muerte, cuyo acecho contempla con pavor («y el espanto seguro de estar mañana muerto»). Para él, es más dichosa y deseable esa vida del árbol o de la piedra, que viven anestesiados e indiferentes a la angustia que, en cambio, corroe su corazón, y a la que no encuentra explicación y que expresa así: «¡no saber adónde vamos, ni de dónde venimos!»... No hay respuesta, porque el poeta tampoco parece haber querido emprender el camino de buscar la pregunta, ni quiere hacerlo. Es víctima de un profundo agotamiento existencial.

Eso es «lo fatal». Vivir sin un sentido claro de por qué se vive y para qué se vive... Y sucumbir a ello. Aunque no lo explicita, la desesperación de Darío hunde precisamente su raíz en ese «no ver a Dios», en última instancia; en no vivir mirándole, y por tanto, acontecer la vida y la muerte con temor y desesperanza, y no como un encuentro con el amado. Todo el poema desprende la insatisfacción del yo lírico que se recrea en su mismo sinsentido, y que no sale de sí mismo en busca de respuestas, sino que se conforma con ese triste letargo.

Este texto refleja muy bien la enfermedad del hombre posmoderno, que no es otra que la acedia, a la que los padres de la Iglesia se refieren como «el demonio del mediodía». Consiste, en palabras, del cardenal Sarah en «una forma de depresión, un enfriamiento, una laxitud espiritual, en una especie de atrofia de la vitalidad interior.../ La tradición espiritual y monástica define la acedia como una tristeza que invade el alma ante lo que debería ser su mayor felicidad: la relación de amistad con Dios. Ataca al gozo que debe caracterizar el alma en su relación con Dios.

El alma pierde la alegría de conocer y amar a Dios: ambas cosas le aburren, le desagrada, le pesan. Preferiría amar otra cosa. ¿El qué? ¡Da igual! Cualquiera cosa antes que a Dios.»⁴ San Josemaría lo resume de otro modo en Camino: «Hay monotonía porque no hay amor.»⁵ Y amar, comprender la caridad consiste en dirigir la mirada a Dios, porque Dios es amor, Dios es caridad. En cambio, el hombre posmoderno se ha quedado ciego, o mira hacia otro lado, y fluye, desorientado y desarraigado, sin un principio y fundamento, sin una meta, carente de vínculos y raíces, sin saber de dónde viene ni adónde va...

«Ver al Amor sin enigmas ni espejos»

Por otra parte, esta visión de Rubén Darío contrasta enormemente con la que nos ofrece, un siglo más tarde, José Luis Martín Descalzo en el poema que leeremos a continuación, y que escribió casi a modo de epitafio, a las puertas de su propia muerte tras sufrir una larga enfermedad. La obra en que la publicó, titulada *Testamento del Pájaro Solitario* (1991), fue considerada por el propio poeta como su testamento en vida. El poema dice así:

«Y entonces vio la luz. La luz que entraba

Vio que el dolor precipitó la huida

y entendió que la muerte ya no estaba.

Morir sólo es morir. Morir se acaba.

Morir es una hoguera fugitiva.

Es cruzar una puerta a la deriva

4 *Ibidem*

5 San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino*

y encontrar lo que tanto se buscaba.

Acabar de llorar y hacer preguntas;

ver al Amor sin enigmas ni espejos;

descansar de vivir en la ternura;

tener la paz, la luz, la casa juntas y hallar, dejando los dolores lejos,

la Noche-luz tras tanta noche oscura».

El contraste con el anterior es claro. Martín Descalzo no le teme a la muerte porque la vive en clave de esperanza, esperando «ver al Amor sin enigmas ni espejos». A diferencia de Rubén Darío, que la aguarda con espanto, para él «morir solo es morir», porque detrás de eso hay algo mucho más grande que convierte a la muerte en un simple paso a dar para alcanzar lo que tanto se desea, el lugar donde el corazón y el alma finalmente descansan, el abrazo de Dios, la Morada del Padre; la muerte es también el punto y final del dolor. No es el poeta quien huye de la muerte o se duele de pensarlo, al contrario, es el dolor que, viendo a la muerte, precipita su huida. La muerte es el lugar donde se acallan las preguntas porque se tiene la respuesta delante; esa respuesta tan anhelada, y por la que se ha emprendido un camino de búsqueda en vida. En la muerte, según el poeta, uno encuentra «lo que tanto se buscaba» («Te conocía de oídas, mas ahora te han visto mis ojos», Job 42, 5)... De este modo confirma que la vida es un valle de lágrimas, pero con fecha de caducidad, a diferencia de como lo entiende Darío. Supone, finalmente, «acabar de llorar y hacer preguntas, ver al Amor sin enigmas ni espejos.../ y hallar, dejando los dolores lejos, la

Noche-luz tras tanta noche oscura.» Con esto, Martín Descalzo ratifica que, aquel que pone su esperanza en Dios no se verá defraudado, «*spes non confundit*» (Rm 5,5).

Es esta actitud la que le permitió escribir también, en momentos de fuerte dolor durante la enfermedad, poemas como este (que incluye en el *Testamento*):

Nunca podrás, dolor, acorralarme.
Podrás alzar mis ojos hacia el llanto,
secar mi lengua, amordazar mi canto,
sajar mi corazón y desguazarme.

Podrás entre tus rejas encerrarme,
destruir los castillos que levanto,
ungir todas mis horas con tu espanto.
Pero nunca podrás acobardarme.

Puedo amar en el potro de tortura.
Puedo reír cosido por tus lanzas.
Puedo ver en la oscura noche oscura.

Llego, dolor, a donde tú no alcanzas.
Yo decido mi sangre y su espesura.
Yo soy el dueño de mis esperanzas.

De nuevo, y a diferencia de lo que leíamos en «*Lo fatal*», la respuesta de Martín Descalzo ante el dolor no consiste en vivir anestesiado, sino en combatirlo desde la esperanza, en la que se expresa también una gran libertad interior. En el verso final del poema, el yo poético se autoreconoce dueño de su esperanza, ya que mantenerla o sucumbir dependerán de su disposición a ser fiel (precisamente porque se sabe sostenido por la mano de otro que es la fuente de toda esperanza), aunque eso no le suponga un camino de rosas. Como dijo George

Bernanos, «la esperanza es una heroica determinación del alma y su manifestación suprema es la desesperanza superada. Creemos que es fácil esperar. Pero solo esperan los que tienen el valor de perder la esperanza en las ilusiones y las mentiras que les proporcionaban una seguridad que confundían con la esperanza. /.../ La esperanza es la mayor y más ardua victoria que el hombre puede imponer a su alma. Sólo se llega a la esperanza a través de la verdad y a costa de muchos esfuerzos. Para encontrar la esperanza hay que ir más allá de la desesperanza. Cuando llegamos al final de la noche nos encontramos con un nuevo amanecer. El demonio de nuestro corazón se llama «¿de qué sirve...?». El Infierno es haber dejado de amar.»⁶

6 G. Bernanos, *La libertad, ¿para qué?*

A diferencia de esto, Martín Descalzo se reconoce capaz de amar aun estando «en el potro de tortura», de «reír cosido por tus lanzas» y de «ver en la oscura noche oscura». El dolor en sí mismo no conduce a ningún lugar, más que a la nada más absoluta. Es la vivencia de éste desde la esperanza lo que nos permite llegar a buen puerto, «llegar, dolor, a donde tú no alcanzas». El mayor ejemplo de cómo se concreta esto nos lo dan Cristo crucificado y María, que esperó al pie de la Cruz, manteniéndose fiel contra toda esperanza aparente. Pero, como sabemos, su esperanza no se vio confundida, porque en la noche más oscura, esperó a Dios mismo, de Dios mismo.

La esperanza, una niña muy pequeña

Yo soy, dice Dios, Maestro de las tres virtudes.
La Fe es una esposa fiel.
La Caridad es una madre ardiente.
Pero la esperanza es una niña muy pequeña.

Yo soy, dice Dios, el Maestro de las virtudes.
La Fe es la que se mantiene firme por los siglos de los siglos.
La Caridad es la que se da por los siglos de los siglos.
Pero mi pequeña esperanza es la que se levanta todas las mañanas.

Yo soy, dice Dios, el Señor de las virtudes.
La Fe es la que se estira por los siglos de los siglos.
La Caridad es la que se extiende por los siglos de los siglos.
Pero mi pequeña esperanza es la que todas las mañanas nos da los buenos días.

Charles Péguy, *El misterio de los Santos Inocentes* (1912)

El Reino de Cristo y los santos en la historia*

Gerardo Manresa Presas

Este Reino mesiánico tendrá su plena y perfecta consumación en el Cielo, en la visión de Dios, el amor beatífico y la alegría sempiterna. Sin embargo, ahora nos preguntamos si es admisible además esperar alguna consumación del Reino mesiánico en la tierra.

EL Reino mesiánico es el reino fundado por la pasión y la predicación del Mesías, Cristo Señor. Por la predicación promulgó la ley nueva y evangélica y propuso premios o penas eternas a los que la observen o la infrinjan. «Por la pasión, por la que fue vencido el diablo, satisfizo a Dios por los pecados del género humano y reconcilió a los hombres con Dios, expiando la inmundicia del pecado y arrancándolos del poder del demonio. Así los unió a sí con nexo muy estrecho y místico, como sarmientos a la vid, como los miembros a la cabeza, Él mismo, Salvador de su cuerpo, hecho obediente en todo por ellos, fue causa de salud eterna». Este Reino mesiánico es la Iglesia de Cristo, la cual, recibiendo de su esposo Cristo, Unigénito de Dios lleno de gracia y de verdad, el Espíritu de santificación y la palabra de la predicación, prosigue en la tierra la obra del

mismo Cristo por la predicación de la doctrina y por la comunicación de la gracia, que se produce por los sacramentos y se dirige a promover y completar la santificación de los hombres y su salvación eterna.

Este Reino mesiánico fue propagado, en primer lugar, entre los israelitas. Después de Israel, que lo rechazó por su incredulidad, fue propagado entre los gentiles, con no poco fruto y ahora es propagado con lucha. Es evidente que a ello contribuye la repugnancia de los hombres concupiscentes y la firme y fuerte oposición de los poderes antiteocráticos y mundanos.

Ciertamente, consta que **este Reino mesiánico tendrá su plena y perfecta consumación en el Cielo, en la visión de Dios, el amor beatífico y la alegría sempiterna. Sin embargo, ahora nos preguntamos si es admisible además esperar alguna consumación del Reino mesiánico en la tierra.**

*El artículo está basado en el libro del padre Juan Rovira Orlandis, *El reino consumado en la tierra* (volumen 1) Balmes (Barcelona 2018).

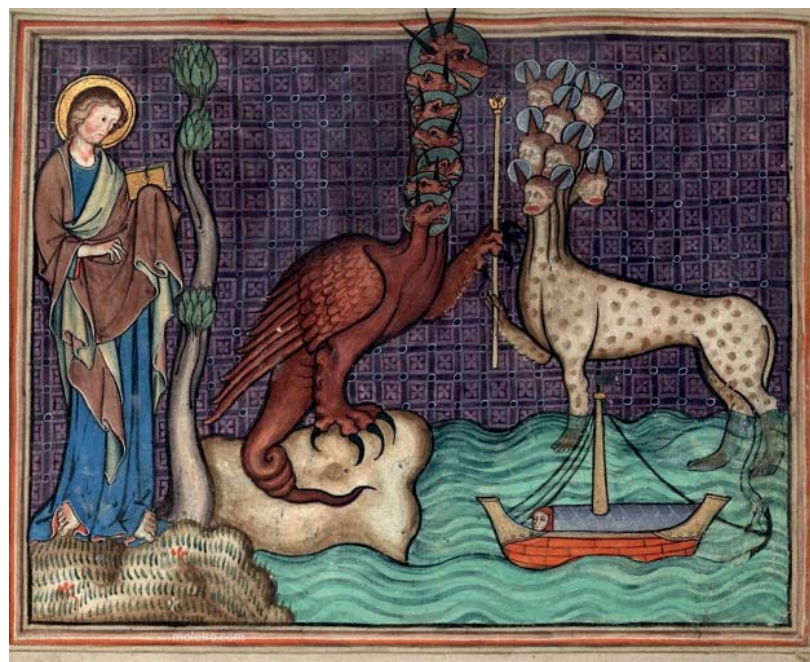
Tiempo de siega, tiempo de juicio

Todos los católicos admiten que en un tiempo posterior ha de haber un juicio de Dios y de Cristo, pero no todos lo explican de la misma manera. En efecto hay muchos que no parecen admitir más que un cierto juicio, casi instantáneo extremo y final, que sea clausura del mundo y retribución a los buenos y a los malos. Sin embargo, hay otros que además de aquel juicio final y antes del mismo, admiten un cierto juicio general, que no solo revoque los escándalos, elimine a los impíos y destruya las potestades adversas a Cristo y su reino destruido, sino que reconozcan la potestad y el imperio de Cristo y sus santos, es decir que el juicio no dura un instante, **sino que hay una época de juicio.**

Por lo tanto, ahora se pregunta si se admite este tiempo de juicio en la consumación del Reino de Cristo en la tierra. **En este tiempo de juicio no sólo elimina a los impíos y destruye las potestades adversas, sino que devuelve toda la potestad a Cristo y a sus santos.** En otras palabras, se pregunta si después de la destrucción de todas las potestades antiteocráticas, que han introducido los escándalos en la tierra, y después de la destrucción del reino del Anticristo, es admisible en la tierra un Reino de Cristo y de sus santos consumado en la tierra.

De la parábola de la cizaña, que el mismo Cristo expuso: Mt 13, 24-30:

«El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía vino su enemigo sembró encima cizaña entre el trigo y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña. Los siervos del amo se acercaron a decirle:



El Dragón da su poder a la Bestia del Mar.

Apocalipsis de Val-Dieu (s. XIII). The British Library, Londres

Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña? Él les contestó: Algún enemigo ha hecho esto. Le dicen los siervos: ¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla? Les dice: No, no sea que al recoger la cizaña arranquéis a la vez el trigo. Dejad que ambas crezcan juntas hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero».

Además, esta parábola es explicada por el mismo Cristo: Mt 13, 37-44

«El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es el fin del mundo y los segadores son los ángeles. De la misma manera, pues, que se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles que recogerán de su Reino todos los escándalos y a los obradores de iniquidad y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes»,

El sentido de la parábola y su explicación está muy claro. Sin embargo, es preciso hacer notar algunas cosas que en ella se suceden. Es de señalar aquellas palabras de los siervos al padre de familia: «¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?» Estas palabras manifiestan la intención de los siervos, que era recoger la cizaña y dejar el trigo; el Señor, sin embargo, lo impide para no dañar el trigo y lo deja hasta el tiempo de la siega:

«Dejad que ambas crezcan juntas hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: “Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero”».

Por lo que de estas palabras se deduce no solo que la siega durará por algún tiempo, sino que en el tiempo de la siega primero ha de ser recogida la cizaña y luego el trigo. Lo mismo expone en la explicación de la parábola: Mt 13, 40-43

«De la misma manera, pues, que se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles que recogerán de su Reino todos

los escándalos y a los obradores de iniquidad y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes».

Por consiguiente, **el Reino del Hijo del Hombre es Reino sobre los viadores, es la Iglesia del tiempo presente. Si los ángeles retiran todos los escándalos del reino del Hijo del Hombre, para que se haga esto, ciertamente, es necesario que permanezca el reino del Hijo del Hombre en la tierra.**

También de ello se deduce que habla de un tiempo de siega, pues dice que primero recogerá la cizaña y se han de quitar los escándalos del Reino de Cristo.

Tiempo de eliminación de escándalos

También en la profecía de Daniel, (Dn 2) se habla de que ha de haber un tiempo de eliminación de la potestad antiteocrática, pues ha sido esta potestad antiteocrática o no teocrática la que ha creado estos escándalos que han luchado y luchan contra el Reino de Cristo, como se puede ver en Daniel. Él lo explica con un **sueño de Nabucodonosor** y su visión que representa en una estatua (Dn 31-35):

«Tú, ¡oh, rey! mirabas y estabas viendo una gran estatua. Era muy grande la estatua y de un brillo extraordinario. Estaba en pie ante ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de la estatua era de oro puro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus caderas eran de bronce. Sus piernas de hierro. Y sus pies, parte de hierro y parte de barro. Tú estuve mirando hasta que una piedra desprendida, no lanzada por mano hirió a la estatua en los pies de barro, destrozándola. Entonces el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro, se desmenuzaron conjuntamente, y

fueron como tamo de las eras en verano, se los llevó el viento, sin que de ellos quedara traza alguna; mientras que la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña, que llenó toda la tierra».

Y Daniel lo explica a continuación, Dn 2, 37-45

«Tú, ¡oh rey! Eres rey de reyes porque el Dios de los cielos te ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria... Tú eres la cabeza de oro. Después de ti surgirá otro reino, menor que el tuyo (de plata) y luego un tercero que será de bronce y dominará sobre toda la tierra. Habrá un cuarto reino fuerte como el hierro, como todo lo rompe y destroza el hierro [...] Lo que viste de los pies y los dedos, parte de barro de alfarero y parte de hierro es que este reino será dividido, pero tendrá en sí algo de la fortaleza del hierro, aunque viste el hierro mezclado con el barro. Y el ser los dedos parte de hierro y parte de barro, es que este reino será en parte fuerte y en parte frágil. Viste el hierro mezclado con el barro porque se mezclarán con alianzas humanas, pero no se pegarán unos con otros como no se pegan el hierro y el barro.

En tiempo de esos reyes el Dios de los cielos suscitará un reino que no será destruido jamás, y que no pasará a poder de otro pueblo: destruirá y desmenuzará a todos esos reinos, mas Él permanecerá por siempre. Eso es lo que significa la piedra que viste desprenderse del monte sin ayuda de mano, que desmenuzó el hierro, el bronce, la plata y el oro. El Dios grande ha dado a conocer al rey lo que ha de suceder después. El sueño es verdadero y cierta su interpretación.»

En estas palabras se explica el poder antiteocrático, su destrucción, el

tiempo de juicio (caída de la piedra y formación del monte) y el Reino mesiánico que esperamos.

La victoria sobre los poderes antiteocráticos

En el cap 7 de Daniel se nos describe otra visión, significando cuatro bestias, similar a la de la estatua, que son cuatro poderes antiteocráticos, los mismos que en la estatua, que se alzarán en la tierra. En esta visión añade al final la aparición del Anticristo, antes de la venida del Reino de Cristo. Y nos acaba mostrando el poder del Anticristo (Dn 7,23-26)

La cuarta bestia es un cuarto reino sobre la tierra, que se distinguirá de todos los otros reinos y devorará la tierra toda y la hollará y la triturará. Los diez cuernos son diez reyes que en aquel reino se alzarán, y tras ellos se alzará otro que diferirá de los primeros y derribará a tres de estos reyes. Hablará palabras arrogantes contra el Altísimo y pretenderá mudar los tiempos y la ley. Aquellos serán entregados a su poder por un tiempo, tiempos y medio tiempo. Pero se sentará el tribunal y le arrebatarán el dominio hasta destruirle y arruinarle del todo.

Es decir, que este cuarto reino tendrá diez cuernos y uno de ellos derribará a tres reyes y se alzará contra el Altísimo. Este cuerno es el Anticristo, el cual tendrá poder durante tres tiempos y medio, pero después será derribado por Cristo que le dará muerte con la aguda espada de doble filo que saldrá de su boca y a Cristo se le dará el Reino:

(Dn 7, 27) Dándole el Reino, el dominio y la majestad de todos los reinos de debajo del cielo, al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo Reino será eterno y le servirán y obedecerán todos los señoríos.



La Ciudad Santa baja del Cielo
Apocalipsis de Val-Dieu (s. XIII). The British Library, Londres

La paz mesiánica

Se llama paz mesiánica aquella paz que es concedida por el Mesías y se predice en los libros de los profetas y de los salmos. La paz es la tranquilidad del orden. Porque según las diversas naturalezas o modos del orden se establecerá la naturaleza o el modo de la paz. En el hombre se puede contemplar un triple orden: el orden del hombre hacia Dios, el orden del hombre hacia sí mismo y el orden del hombre hacia otros o de los hombres entre sí. Así a este triple orden le corresponde una triple paz, en efecto: la paz del hombre con Dios, la paz del hombre consigo mismo y la paz de los hombres entre sí.

Esta paz la destruyó el pecado; así es, destruyó la justicia y el recto orden y consecuentemente destruyó la paz, que es la tranquilidad del orden. Destruyó la paz con Dios, porque por el pecado, el hombre se reveló contra Dios y le incitó a la cólera hacia Él, y se hizo su enemigo; destruyó la paz del hombre consigo mismo, porque el pecado produjo aquella lucha y rebelión de la concupiscencia contra la razón; destruyó la paz de los hombres

entre sí, porque del pecado nacieron las envidias y el odio entre los hombres, incluso entre los hermanos, que produjeron aquel primer fratricidio y después otras muchas disputas, luchas y guerras.

Por lo tanto era razonable que aquel restaurador del género humano y hombre Redentor y Salvador, que fue prometido por Dios a nuestros primeros padres, (Gn 3, 15) aquel Mesías preanunciado al pueblo de Israel, que había de venir y que destruiría el pecado y salvaría y restituiría al género humano, volviera a traer a los hombres aquella paz perdida por el pecado. Pues esta es la paz mesiánica traída por el Mesías y que los Profetas predicen muchísimas veces, es:

- 1.- Paz del hombre con Dios
- 2.- Paz del hombre consigo mismo y también paz de los hombres entre sí.
- 3.- Paz social e internacional, y es paz fundada en la justicia verdadera y real, segura y tranquila. Y se afirma en Is 11, 6-9:

«Habitará el lobo con el cordero y el leopardo se acostará con el cabrito y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los llevará. La vaca pacera con la osa y sus crías se echa-

rán juntas, y el león como el buey comerá paja. El niño de teta jugará junto a la hura del áspid y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. No habrá ya más daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yahvé, como llenan las aguas el mar.

La edificación del Cuerpo de Cristo

A lo largo del tiempo la Iglesia de Cristo que peregrina en la tierra avanzará en tres formas, así es: **en extensión o dilatación de la fe** en los diversos reinos y pueblos de la tierra, **en intensidad de fe, justicia y santidad en sus miembros y en la revocación de los escándalos, eliminación de los impíos e inicuos**, que contra ella combaten e impiden la expansión de su bondad, su paz y su prosperidad, pero al final de los tiempos, **una vez que los judíos se habrán convertido, tras la caída del Anticristo, y lleven tras de sí a toda la gentilidad, ocurrirá lo que el Apóstol expresa en Ef 4, 11:**

«Y Él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a éstos evangelistas, a aquellos pastores y doctores para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error. Al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los liga-

mentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad».

Pues como se deduce de las profecías de Daniel, de las palabras de Cristo en la parábola de la cizaña, de las palabras del Apóstol y como se confirma en el Apocalipsis, caps. 19 y 20 (que no explicamos para no alargar el artículo), **esperamos para todo el mundo en la tierra un tiempo de juicio en el que reinará Cristo con los santos en la tierra y en el que toda la Iglesia formará un cuerpo digno de su Cabeza, Cristo Señor.**

En realidad, puede concederse que aquel reino de los santos en la tierra ha de ser hasta cierto punto, impropriamente dicho, el principio del reino celeste, o incluso que el reino de los santos celeste será casi la continuación del mismo reino en la tierra. Pero de este reino de los santos en la tierra no puede ser dicho, en verdad y propiamente, que es el principio del reino celestial. **Pues este reino de los santos en la tierra es diverso o de diverso género que aquel reino celeste; puesto que, en este reino terreno habrá un orden especial y una subordinación de los reinos de la tierra al pueblo de los santos, será casi un cierto imperio de los santos del Altísimo, a los que los reyes servirán y obedecerán; lo**

que exige ciertamente que los reinos sean terrenos y no reinos celestiales. Por lo tanto, el reino de los santos en la tierra no será, propiamente dicho, el principio del reino celestial, sino algo diverso del mismo.

Además, ni siquiera puede decirse que aquel reino de los santos habrá de durar en la tierra un corto espacio de tiempo, ya sea porque un reino así sería irrisorio, ya sea también, porque apenas se entiende que Dios, después de tantas aflicciones y persecuciones de los santos, finalmente les vaya a conceder un gran poderío en la tierra y un reino con el total sometimiento y obediencia de todos

los reyes, para que poco después este poder cese por completo o se transforme en un reino celestial. Porque sería mejor negar completamente aquel reino de los santos en la tierra, que defender que debe durar breve tiempo, principalmente cuando esta aseveración es sostenida sin sólido fundamento. Si, en verdad, se admitiera dicho Reino, como ha de ser admitido aquel extenso reino universal del pueblo de los santos en la tierra, instituido por el mismo Dios, en realidad se ha de decir que este Reino, también en su duración en la tierra, ha de ser digno para Dios y por lo tanto ha de durar por largo tiempo.



El Dragón es encadenado y preso
Apocalipsis de Val-Dieu (s. XIII). The British Library, Londres

Dios, fundamento de nuestra esperanza

Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su Reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su Reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto.

Benedicto XVI, *Spes salvi* 31

«José cree, ama y espera»*

Papa Francisco

HOY seguiremos contemplando a Jesús en el misterio de sus orígenes, narrado por los Evangelios de la infancia.

Mientras que Lucas nos lo muestra desde la perspectiva de la madre, la Virgen María, Mateo, en cambio, se sitúa en la perspectiva de José, el hombre que asume la paternidad legal de Jesús, injertándolo en el tron-

co de Jesé y vinculándolo a la promesa hecha a David.

Jesús, en efecto, es la esperanza de Israel que se cumple: es el descendiente prometido a David (cf. 2 Sam 7,12; 1Cr 17,11), que hace que su casa sea «bendita para siempre» (2 Sam 7,29); es el brote que nace del tronco de Jesé (cf. Is 11,1), el «vástago legítimo» destinado a reinar como verdadero rey, que sabe ejercer el derecho y la justicia (cf. Jr 23,5; 33,15).

José entra en escena en el Evangelio de Mateo como novio de María. Para los judíos, el compromiso era un verdadero vínculo jurídico, que preparaba para lo que sucedería un año más tarde, es decir, la celebración del matrimonio. Era entonces cuando la mujer pasaba de la custodia de su padre a la de su esposo, mudándose a su casa y haciéndose disponible para el don de la maternidad.

Fue precisamente durante este tiempo cuando José descubrió el embarazo de María, y su amor se vio sometido a una dura prueba. Ante tal situación, que habría llevado a la ruptura del compromiso, la Ley sugería dos posibles soluciones: o bien un acto jurídico público, como citar a la mujer ante el tribunal, o bien una acción privada, como entregar a



* Audiencia general, (29/1/2025)

la mujer una carta de repudio. Mateo define a José como un hombre «justo» (*zaddiq*), un hombre que vive según la Ley del Señor, que se inspira en ella en todas las ocasiones de su vida. Por tanto, siguiendo la Palabra de Dios, José actúa ponderadamente: no se deja vencer por sentimientos instintivos ni teme llevarse a María con él, sino que prefiere dejarse guiar por la sabiduría divina. Opta por separarse de María sin clamores, es decir, en privado (cf. Mt 1,19). Y esta sabiduría de José le permite no equivocarse y hacerse abierto y dócil a la voz del Señor.

De este modo, José de Nazaret nos recuerda a otro José, hijo de Jacob, apodado «señor de los sueños» (cf. Gn 37,19), tan amado por su padre y tan odiado por sus hermanos, a

quien Dios elevó sentándolo en la corte del faraón.

Ahora bien, ¿qué sueña José de Nazaret? Sueña con el milagro que Dios realiza en la vida de María, y también con el milagro que realiza en su propia vida: asumir una paternidad capaz de custodiar, proteger y transmitir una herencia material y espiritual. El vientre de su esposa está grávido de la promesa de Dios, una promesa que lleva un nombre con el que se da a todos la certeza de la salvación (cf. Hch 4,12).

Durante su sueño, José oye estas palabras: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus

pecados» (Mt 1,20-21). Ante esta revelación, José no pide más pruebas, se fía. José confía en Dios, acepta el sueño de Dios sobre su vida y la de su prometida. Así entra en la gracia de quien sabe vivir la promesa divina con fe, esperanza y amor.

José, en todo esto, no profiere palabra alguna, sino que cree, espera y ama. No habla con «palabras al viento», sino con hechos concretos. Él pertenece a la estirpe de los que, según el apóstol Santiago, «ponen en práctica la Palabra» (cf. Sant. 1,22), traduciéndola en hechos, en carne, en vida. José confía en Dios y obedece: «Su vigilancia interior por Dios... se convierte espontáneamente en obediencia» (Benedicto XVI, *La infancia de Jesús*, Milán-Ciudad del Vaticano 2012, 57)

«¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo?»

La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Nuestro Señor» (Rm 8,35.37-39). He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar».

(...) Para el Apóstol, la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incompreensión y de persecución (cf. 2 Cor 6,3-10). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo.

Francisco, *Spes non confundit*

San José, modelo perfecto del Apostolado de la Oración

Ibón Elósegui

A través de su existencia oculta en Nazaret, José enseña que la santidad no se mide por obras grandiosas, sino por la entrega humilde a la voluntad de Dios.

San José, modelo perfecto del Apostolado de la Oración

EN 1855 el padre Ramière asumía la dirección del Apostolado de la Oración. A través de ella extendió por el mundo entero la devoción al Corazón de Jesús con un fin: reinado social de Jesucristo y el consiguiente triunfo de la Iglesia. Años más tarde, el mismo Concilio Vaticano II, nos recordaba el fin de la Iglesia con estas palabras: «La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo».

Como medio para este fin, Ramière nos proponía el Apostolado de la Oración, cuyo núcleo era resumido por él mismo con estas palabras: «He aquí, los elementos que dan su fuerza a nuestro apostolado: la oración, como medio universal de acción, la asociación, como condición necesaria para que sea eficaz la oración y la unión con el Corazón de Cristo como

fuente de vida para la asociación». Para fundamentar teológicamente dicha obra escribió un maravilloso libro que tenía como título: *Apostolado de la Oración: Santa liga de corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas*. Al final del mismo proponía a san José como modelo del Apostolado de la Oración para vivir los tres pilares en los que se basa esta asociación: oración, asociación y unión con el Corazón de Jesús.

A través de su existencia oculta en Nazaret, José enseña que la santidad no se mide por obras grandiosas, sino por la entrega humilde a la voluntad de Dios. A lo largo de este artículo trataremos de mostrar cómo la vida de san José encarna cada una de estas dimensiones, invitando a seguir sus pasos en el camino de la santidad.

San José, maestro de oración

Para el padre Ramière la oración es el alma del Apostolado: un diálogo constante que transforma el corazón y lo alinea con Cristo. San José es maestro de oración en cuanto que

está atento a la voz de Dios. Fruto de este espíritu de oración que busca en todo la voluntad de Dios, aquellos pasajes en los que se nos muestra a José, éste está siempre atento a cumplir con prontitud la voluntad de Dios. Hasta en cuatro ocasiones un ángel le habla en sueños y su respuesta es inmediata: se levanta, toma al Niño y a María, y actúa. No hay vacilaciones ni preguntas; sólo confianza absoluta. «José no habla, pero ora; no exige, pero confía; no calcula, pero se entrega. En él, la oración y la vida son una misma cosa», afirma el cardenal Sarah. Solo aquel que tiene una vida de oración intensa es capaz de conocer la voluntad de Dios y ponerla en práctica.

La misma santa Teresa de Jesús nos invita a tomarle como maestro de oración: «Quien no hallare maestro que le enseñe a orar, tome a este glorioso santo por maestro y no errará el camino».

San José, cabeza de una «asociación sagrada»

El segundo pilar del Apostolado que destaca el padre Ramière es la asociación, y para ello se basa en las promesas del Señor: «Os aseguro también que, si dos o más de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos». Y como para demostrarnos que incluso a nivel natural es importante la asociación, nos pone el siguiente ejemplo: «¿Qué cosa más tenue que una hebra de cáñamo? un soplo basta para romperla; más juntad muchas hebras, y formaréis maromas capaces de arrastrar pesados navíos».

Por su parte san José, fue por Dios predestinado a formar parte de la misión redentora de Cristo,

siendo elegido cabeza de la Sagrada Familia. Dios mismo lo eligió como marido de la Virgen y por ello, padre de Cristo, formando todos ellos la primera «asociación sagrada» con un mismo fin. Desde esta perspectiva san Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo...».

San José, padre del Corazón de Jesús

Por último, el padre Ramière recordando aquellas palabras de Cristo: «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada podéis hacer»; exhorta a llevar a cabo todas las oraciones unidas al Corazón de Cristo, de tal manera que: «nunca debiéramos obrar, nunca hacer una oración sin unirnos a Él, sin seguir sus instrucciones, sin contar primero con su ayuda. La conversión de los pecadores, la salud del mundo, el triunfo de la Iglesia, todo lo conseguiremos, todo podremos pedirlo con plena confianza, puesto que son cosas que el Salvador del mundo desea ardientemente».

Quien dudaría en este punto de la íntima unión que existía entre san José y el Corazón de su Hijo. ¿Quién fue el que le preparó el pesebre para recibirle en Belén? ¿En cuántas ocasiones no acurrucaría san José al Niño Dios en sus brazos para que durmiera? ¿Quién fue el que le enseñó las Escrituras mostrando en ellas al Mesías que con anhelo esperaba el Pueblo de Israel? ¿Quién le enseñó su

oficio, compartiendo las penas y alegrías del mismo, hasta el punto que en su vida pública decían de Él: «¿No es éste el hijo del carpintero?».

No podemos dudar de la unión íntima entre estos dos corazones, por lo que el papa Francisco en la exhortación *Patris Corde* afirmaba: «Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios “el hijo de José”».

San José, modelo de vida ordinaria

De ahí que con toda razón tomara el padre Ramière a san José como patrono del Apostolado de la Oración, y por extensión, modelo de todos aquellos que en Schola estamos llamados a ser aquello que el padre Orlandis buscaba cuando se le preguntaba que quería con todas aquellas sesiones formativas que daba: «formar celadores del Apostolado de la Oración». Por ello afirmaba el padre Ramière: «Ese es el gran secreto que el Apostolado de la Oración nos descubre, a la luz del Corazón de Dios: el valor de nuestros actos no depende de la aparatosidad externa, sino de la riqueza de su intencionalidad interior», en el que san José es nuestro modelo insigne.

A continuación, extraemos el texto de la obra del padre Ramière en el que propone a san José como modelo del Apostolado de la Oración:

«Sin alejarnos de Jesús y María y sin salir de esa casa de Nazareth, primer teatro del Apostolado de la Oración, hallaremos otro modelo perfecto y poderoso protector de este Apostolado en San José».

Más aún que su augusta Esposa, este santo Patriarca se vio despojado de todos los medios exteriores que hubieran podido ponerle en estado de trabajar en la gloria de su divino

Hijo. Dejó este mundo antes que el Salvador hubiese empezado su vida pública; no pudo asociarse de ninguna manera a sus predicaciones, ni asistir a su sacrificio, ni comunicar con sus Apóstoles, ni formar sus primeros discípulos. Todo su papel para con Jesucristo se redujo a servirle de abrigo en los anonadamientos de su infancia, y a dirigir los oscuros trabajos de su vida oculta. Todas sus obras han sido obras materiales, las más apartadas por su naturaleza del fin espiritual de la misión del Verbo encarnado.

Y sin embargo ¿quién se atrevería a decir que san José ha sido extraño a esa divina misión? ¿No es la Iglesia cristiana la que, sirviéndose de las palabras de San Bernardo, le proclama fiel coadjutor del gran consejo o, lo que es lo mismo, cooperador con Jesús y María en la gran obra de la salvación del mundo? Por lo demás no hay respecto de este asunto la menor duda entre los fieles.

El poder de San José que ha permanecido largo tiempo como velado en la Iglesia, se ha manifestado en estos últimos siglos con un brillo incomparable. Revelada a los santos, saludada con entusiasmo por los fieles, esta devoción se presenta a nuestros ojos como una de las pruebas más dulces del constante interés que toma Nuestro Señor por su Iglesia y de la solicitud con que prepara nuevos remedios a sus males siempre renacientes.



Mas la devoción a San José no sólo es un consuelo para nuestra piedad, sino que además es un estímulo para nuestro celo. Si fue apóstol cepillando tablas, ¿quién podrá creerse excluido del Apostolado? Si por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la salvación de las almas tanto y más que los más elocuentes misioneros y los más admirables tauturgos, ¿quién tendrá derecho a oponernos la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra? La misión de los santos consiste en reflejar los diversos aspectos de la vida de nuestro Señor, a fin de hacer más accesible a nuestra imitación este divino modelo de toda santidad. **San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta a la cual quiso consagrar el Verbo encarnado, las nueve décimas partes**

de su existencia terrestre; es el eco infinitamente elocuente de esa gran lección que hemos ya meditado y por medio de la cual nos hace nuestro divino Maestro comprender, que el mérito de nuestras obras, no depende en manera alguna de su valor intrínseco, y sí solo del espíritu con el cual las realizamos.

Si, pues, queremos comprender el poder del Apostolado de la Oración, si deseamos explotar sus recursos y recoger todos sus méritos, ¿qué otra cosa mejor podemos hacer que aprender en la escuela de San José y asegurarnos de su cooperación? Esta cooperación nos la concederá él de buena gana, y con tal que queramos ser respecto de él fieles discípulos, no se negará a admitirnos a esa grande escuela de Nazareth, en la que se aprende el arte de hacer divinamente las cosas más pequeñas y a llevar oscuramente a cabo la más gloriosa de todas las obras».

En Ti, Señor, he esperado; no quedaré avergonzado jamás

«Espero que Tú me amarás a mí siempre y que te amaré a Ti sin intermisión, y para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta dónde puede llegarse, espero a Ti mismo, de Ti mismo, oh Creador mío, para el tiempo y para la eternidad».

San Caludio de la Colombière, Acto de Confianza

Beato Cayetano Clausellas, mártir de la persecución religiosa en España de los años 1934-1939

Hispania Mártyr

Mosén Cayetano Clausellas Ballvé, padre de los ancianos desvalidos, fue asesinado el 14 de agosto de 1936 y beatificado en la basílica de la Sagrada Familia de Barcelona el pasado 23 de noviembre de 2024.

Mn. Cayetano Clausellas, discípulo del Dr. Félix Sardá y Salvany

EL insigne publicista e infatigable polemista católico Dr. Félix Sardà y Salvany se desvió por mantener el tradicional espíritu católico de Sabadell en su desarrollo industrial y económico, y convirtió su familiar casa pairal en Asilo de las Hermanitas de los Ancianos, conocido por el «*Asil dels avis desamparats*» o «*les Germanetes*», donde él convivía, asistiendo amorosamente a sus predilectos paisanos, los desvalidos viejecitos sabadellenses.

Al fallecer Sardà y Salvany en 1916, la Providencia, les envió a los ancianos otro capellán, no brillante ni famoso como su fundador, pero sí tan celoso y abnegado como él: mosén Cayetano Clausellas.

Su principal y constante tarea a lo largo de 20 años fue asistir y salvar para Dios las almas de los pobres ancianos y agonizantes, fue la razón de ser de su vida, tarea tan

grata a Dios, que le premió con su mayor don: el martirio, como afirma el celoso Mn. Javier Farrés, párroco de San Félix de Sabadell, donde está enterrado.

Cayetano Clausellas Ballvé nació en Sabadell en 1863 en muy cristiana familia, humilde y numerosa, de un pobre jornalero agrícola en cuya estrechez reinaba Cristo.

A los 15 años ingresaba en el Seminario diocesano de Barcelona, donde en 1888 fue ordenado «*servitio Ecclesiae*», y nombrado vicario de Santa María de Olesa de Montserrat.

Cinco años después lo era como coadjutor de la parroquia de Vilanova.

Por su aspecto podía parecer seco y austero, pero era muy dulce y afable en el trato.

Desinteresado de la política, no leía prensa, sólo la «*Revista Popular*» y «*El Propagador de la devoción a San José*».

Su principal actividad fue primero enseñar a los niños el camino del



Mossén Clausellas en el centro, con los ancianos de las hermanitas de los pobres

Cielo, y luego preparar a los ancianos desvalidos para entrar en él.

El Dr. Luis Carreras, en su libro «*Grandeza cristiana de España*» dice de Clausellas: «Era un hombre cano-nizable en vida».

El Dr. Sardà y Salvany, amigo y director espiritual del beato Cayetano Clausellas

Cuando muchos abandonaron a Sardà tachándole de intransigente, Clausellas le defendió públicamente: «Nunca olvidaré, por más años que viva, al sacerdote maestro de todas las virtudes sacerdotales. De lo que aprendí de él podría escribir un libro.

»Cuando Dios le inspiró a Mn. Félix Sardà la caritativa idea de convertir su casa solariega en «Asilo de ancianos desamparados», estaba tan entusiasmado, que me decía: «Es un hito en mi vida que espero con ansia, tener a los pobres abuelos en mi casa y vivir yo con ellos, como un anciano, como un asilado más, como uno de ellos; vivir en su

compañía, tratar de consolarlos, y estar aislado de todo menos de estos mis pobres y de mi Dios». Nunca le vi más plácido y risueño que cuando estaba en medio de sus viejecitos con quienes celebraba las fiestas de casa».

Esta dedicación de Sardà podría aplicarse muy justamente a su discípulo mossén Clausellas, que le ayudaba, le sustituía cuando estaba enfermo, y justifica porqué a la muerte del maestro en 1916, fuera nombrado capellán del Asilo.

Para dedicarse plenamente a ella dejó otras actividades, como la de confesor de la mayoría de conventos de Sabadell. Uno de sus antiguos penitentes decía con ingenuidad que «los pecados que perdona mossén Clausellas parecen más perdonados.» Mossén Cayetano se trasladó a vivir a una casa adjunta que comunicaba por una puerta con la sacristía de la capilla del Asilo, y se entregó al cuidado espiritual y amoroso de sus ancianos, su verdadera familia, con la que compartiría penas y alegrías.

Cuenta Clausellas que «en la úl-

tima enfermedad de mossén Sardà, el día de la Inmaculada le llevó la Comunión, «*Nostre Amo*», a su habitación, y al despedirse, Sardà se le echó a llorar como un niño.

–«¿Qué le pasa Doctor Fèlix?»
–«¡Que sin mi breviario y sin mi rezo diario, me parece que no soy sacerdote!» «A partir de aquel día le leí las lecturas que él oía atentamente en el lecho que iba a ser de su muerte». Mossèn Gaietà, director en Sabadell de la venerable Tercera Orden Franciscana, fue fiel seguidor de san Francisco y de su esposa Madonna Pobreza: menospreciaba «los dineros», y moría con una peseta en el bolsillo y los cordones franciscanos, tintos en su propia sangre, ciñéndole el cuerpo.

«Mossén Clausellas es un verdadero predestinado»

El obispo, también mártir, Mons. Irurita, visitó el «Asil dels avis desamparats», y en una libreta en que anotaba la impresión que le causaban los sacerdotes, escribió de mossén Clausellas: «Es un verdadero

predestinado». No añadió cuál era su predestinación, pero pronto lo iban a demostrar los hechos.

Al comenzar la fase sangrienta de la persecución religiosa, a mosén Gaietà, por su pública beneficencia en favor de los pobres, se le creyó a cubierto de peligro, pero pronto se demostró que el mero hecho de ser sacerdote de Cristo y amigo de Mn. Sardà, constituía sobrado motivo para ser asesinado.

Los días que siguieron al 18 de julio varios sacerdotes y religiosos mayores, vestidos de seglar, buscaron refugio en el asilo de ancianos. El único que mantenía su sotana fue mosén Clausellas, que celebró aún misa en la capilla el martes 21.

Luego trasladó el Santísimo a su oratorio privado donde dijo misa a la comunidad de hermanas hasta el viernes 24. Para no comprometerlas, mosén Clausellas dejó la sotana, y sintiéndose tan desamparado como los asilados, pasó a vivir como un anciano más.

El 25, fiesta de san Jaime, hizo que la comunidad de hermanas consumiera el Santísimo, antes de que se entregara la dirección y administración del asilo a una comisión de enfermeras nombradas por el Ayuntamiento. Las hermanitas se ofrecieron a seguir como ayudantes.

«¡Es un cura! ¡Eso sólo puede hacerlo un cura!»

El 28 de julio uno de los viejecitos cayó al suelo desmayado, y mosén Clausellas, corrió a socorrerle. Se sentó a su lado, puso la cabeza del anciano sobre sus rodillas, y al tiempo que le acariciaba, los labios de Clausellas parecía que en silencio susurraban una oración.⁶

Una de las nuevas enfermeras,

extrañada, dijo: ¿Quién es ese, y qué hace aquí? Una hermana le dijo: «Es un señor retirado que vive en el asilo»; pero la enfermera replicó: «¡No, éste es un cura! ¡Eso sólo puede hacerlo un cura!; si este viejo hubiera sido como los demás, aunque fuera más distinguido, no habría actuado así». Enterados los nuevos dirigentes del asilo de su condición de sacerdote, le prohibieron formalmente ejercer su ministerio entre los ancianos. Se volvió a su casa –de la que tapiaron la puerta de comunicación con el asilo– a pasar su viacrucis hasta el Calvario.

«¡Qué dicha tan grande la nuestra si pudiéramos dar la vida por Él y sellar nuestra fe con nuestra sangre!»

A primeros de agosto vio desde la ventana como destruían el altar y los objetos de culto de la capilla. Pero su mayor conmoción la sufrió el día 7 al saber que había muerto una ancianita, la primera de su gran familia que en los 20 años en que había sido capellán moría en el asilo sin su asistencia ni el consuelo de los sacramentos de la Santa Madre Iglesia.

Consternado, dijo proféticamente: «Si no puedo cumplir ya mi misión, estoy de más en este mundo»- Mosén Clausellas se preparaba para el martirio, que deseaba.

Le dijo a la hermana Rosa: «Seamos muy generosos con Nuestro Señor ¡Qué dicha tan grande la nuestra si pudiéramos dar la vida por Él y sellar nuestra fe con nuestra sangre!».

A quienes le aconsejaban se escondiese: «¡No, mi sitio está aquí, junto a mis ancianos desamparados, soy su viejo capellán, ahora también desamparado, aquí me quedo, y que se haga la voluntad de Dios!»

El Comité de Sabadell acuerda su muerte en la vigilia de la Asunción

Se sabía que tramaban asesinarlo y le avisaron, pero no quiso marcharse. El 13 de agosto unos milicianos registraron su casa «en busca de armas». Sus amigos intercedieron en vano por su vida ante el alcalde José Moix.

Al atardecer del 14 de agosto, vigilia de la Asunción, el temido «coche fantasma» paraba ante su puerta. Tres milicianos le dijeron iban a llevarle a sitio más seguro. Mintiendo, estaban diciendo algo muy verdadero.

Le sacaron de Sabadell y le condujeron por la carretera de Matadepera.

Pasado San Juliá de la Altura se pararon junto al camino de las Oliveiras, y allí le asesinaron de dos disparos a quemarropa.

Su cadáver quedó al borde del camino hasta que en la mañana de la fiesta de la Asunción fue recogido y llevado al cementerio de Sabadell. Tenía el cráneo destrozado.

En sus bolsillos sólo le encontraron su rosario, su crucifijo, un pañuelo y una moneda de una peseta. Atados al cuerpo se veían los cordones de terciario franciscano manchados de su sangre.

En el monolito, que los sabadellenses colocaron en su memoria rezaba esta inscripción: «Sacerdote humilde, pobre y amigo de los pobres, capellán de los ancianos desamparados, moría desamparado, de muerte la más gloriosa, como está escrito en la lápida sobre su tumba: “Vivió entregado al bien de los otros y no rehusó la muerte por Cristo”».



Hemos leído

Aldobrando Vals

Lourdes, o el anti siglo XIX

La escritora Anne Bernet, desde las páginas de France Catholique, reflexiona sobre un aspecto del mensaje de Lourdes al que habitualmente no se le presta mucha atención:



«El ciclo de apariciones marianas en la Francia del siglo XIX puede leerse como una larga advertencia contra la deriva social posrevolucionaria. La Rue du Bac, en 1830, advertía de los peligros de la caída de la monarquía y de la descristianización, pues al negar a Dios se abrían las puertas de un mundo inhumano; La Salette, en 1846, subrayaba las consecuencias de estos cambios: el abandono de la práctica religiosa y de las normas alimentarias propias de la Cuaresma, el trabajo dominical, la depravación de una parte del clero, faltas que provocaban la cólera divina y merecían castigo. Sin embargo se piensa que Lourdes no tenía ni una dimensión política ni una condena de la modernidad. Y sin embargo...

Ningún anuncio catastrofista

Cuando Bernadette, en Nevers, dijo que el mensaje de la Virgen no

era político, decía la verdad, según su propio criterio y las expectativas de las personas que le preguntaban, en el sentido de que en las apariciones no hay ningún anuncio catastrofista: nada de derramamiento de sangre, nada de ciudades pecadoras aniquiladas, sólo una denuncia subyacente de los errores de la época, y de los venideros, una denuncia silenciosa que Bernadette ilustra sin saberlo, siendo encarnación de la víctima inocente de una sociedad en la que ella y su familia ya no tienen cabida.

La familia Soubirous parece salida de una novela de Hugo o Zola, la buena sociedad de Lourdes parece como escapada de Balzac o Flaubert. Por un lado, el orden, el decoro y las buenas costumbres, al menos en apariencia; por el otro, una familia de artesanos arruinada, no por la desgracia sino, como sostiene la “buena sociedad”, por la pereza del padre y el despilfarro de la madre. Al cabo de un tiempo, cuando la pareja ya se había hundido en la pobreza, sin que nadie les echara una mano, cuando François Soubirous fue encarcelado por haber cogido un trozo de madera abandonado en la vía pública, cuando Louise, sin pan para sus hijos, tuvo que conformarse con un vaso de vino malo como comida, los “buenos cristianos” describirían a Bernadette como “la hija de un ladrón y de una borracha”. Estas per-



son a veces mejores que los de los ricos. “¡Pequeña mocosa!”, le espetó la mujer del farmacéutico, “la mujer más bella de Lourdes” según el superintendente, que sabía de lo que hablaba, mientras abofeteaba a Bernadette por acusarla de mentir. Pero cuando la Virgen se dirigió a la misma niña, le dijo, dirigiéndose a ella con una cortesía que nadie había empleado nunca con la pequeña: “¿Me harás la gracia de venir aquí todos los días?”. La cortesía del Cielo es diferente de los “buenos modales” de una burguesía donde una supuesta “buena educación” intenta compensar la ausencia de verdadera nobleza, que nada tiene que ver con el nacimiento o el nombre. ¿Es inocente que la Reina del Cielo elija como confidente a la hija Soubirous, que significa Soberana, porque conviene recordar que el pobre padre de Bernadette es un rey caído por la maldad de los demás, como lo será por enfermedad Louis Martin, el padre de Teresita? Decididamente todo es un mensaje en esta novela realista donde el Cielo trastoca el escenario.

sonas, pobres de una manera que ni podemos imaginar, no poseen nada, habiendo perdido el molino familiar, aparte del producto del trabajo que se les niega porque uno “roba” y la otra “bebe”; arrojados al lumpen proletariado, son esas “clases trabajadoras peligrosas” de las que propietarios, patronos, policías y magistrados desconfían. “Es la magnitud de su miseria lo que me hace sospechar de él”, afirmó el panadero de Lourdes cuando acusó erróneamente a M. Soubirous de robar tres barras de pan, sin conmoverse por sus hijos hambrientos.

Jesús y María leen los corazones

Será la mayor de esos niños, una muchacha enfermiza y raquítica, analfabeta, que sólo hablaba el dialecto de la zona, a la que, sin embargo, Nuestra Señora decidió aparecerse dieciocho veces... Peor aún, para hacerlo, eligió una gruta a orillas del Gave donde los criadores de cerdos apacentaban sus animales y se paseaban las prostitutas. ¿Se puede expresar más claramente que ella y su Hijo no tienen nada que ver con los prejuicios? Leen los corazones, y los corazones de los pobres

«¡No os enriquezcáis!»

Las autoridades sospechaban que la familia Soubirous había montado una estafa para recaudar dinero, porque atribuían a otros sus propios defectos. No entendían nada, pues habían adoptado como lema las famosas palabras del ministro Guizot, verdadero eslogan de la época: “¡Enriqueceos!” Durante toda su vida, Bernadette repitió a los suyos: “¡No os enriquezcáis! Sobre todo, ¡no os enriquezcáis!”, y cuando sorprendió a su hermano menor aceptando dinero de una visitante, le dio una bofetada en

la cara y le dijo que devolviera aquella humillante limosna. Al obispo de Montpellier, monseñor Thibault, que quiso regalarle un precioso rosario, Bernadette respondió, para gran confusión del prelado y de los sacerdotes que le rodeaban: “Monseñor, la Santísima Virgen no ama las vanidades”. El obispo preguntó: “¿Es pobre esta niña?”, “Sí, muy pobre”, respondió el sacerdote. Con lágrimas en los ojos, el obispo Thibault exclamó, haciéndose eco del Magnificat: “No, Bernadette, no eres pobre; eres bienaventurada”.

“Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”.

El beato Pío IX no se equivocaba cuando veía en los acontecimientos de Lourdes la aprobación celestial de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, que busca salvar al mundo del nefasto modelo nacido de la Ilustración. Los buenos filósofos burgueses tienen razón al desconfiar del mensaje de Lourdes: es, en efecto, revolucionario, pero al modo del Evangelio».

Contra la tiranía del liberalismo



En una entrevista concedida a Le Figaro, el politólogo estadounidense Patrick Deneen explica lo que subyace al discurso del vicepresidente norteamericano, J.D. Vance, en Munich (del que nos hicimos eco aquí):

«Las clases dirigentes de las democracias liberales occidentales (in-

cludidos los Estados Unidos, como él mismo ha reconocido) creen que casi cualquier medio está justificado en defensa del liberalismo. Esta lógica se ha traducido en la supresión de la libertad de expresión, en intentos de censura en las redes sociales, o en el uso de fondos públicos para promover causas progresistas.

También se manifiesta en la erección de muros de protección contra los partidos políticos de la oposición, la detención de quienes son considerados enemigos internos e incluso la anulación de los resultados electorales, como ha sucedido en Rumanía. Todas estas acciones se llevan a cabo en nombre de la defensa de la “democracia”, pero lo que se entiende por «democracia» es en realidad “liberalismo”. La democracia ha sido relegada al estatus de forma política que a veces es aceptable, cuando sus resultados se corresponden con el liberalismo, y a veces es tildada de “populismo” (y por tanto considera-

da ilegítima) por las elites liberales cuando la opinión pública se opone a este modelo.

J.D. Vance recordó que los Estados Unidos habían ayudado a Europa a derrocar las tiranías del fascismo y el comunismo en el siglo XX, pero que hoy la mayor amenaza tiránica en Europa procede del propio orden liberal europeo... En cierto sentido, J.D. Vance dijo que Estados Unidos está dispuesto a ayudar a Europa, pero no derrotando a los ejércitos del fascismo y el comunismo como había hecho en el siglo anterior, sino retirando su apoyo a una Europa sumida en una forma de tiranía liberal autoimpuesta.

La actual administración estadounidense cree que una Europa más autónoma sería aquella que abandonara su liberalismo opresivo en favor de la recuperación de la confianza nacional y el fortalecimiento de la vida cívica democrática».

«Testigos de esperanza»

Jesús ya ha venido al mundo: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14). «Os anuncio una gran alegría: Cristo ha nacido» (cf. Lc 2, 10-11). La escatología ha empezado ya, aunque es incoativa y sólo se cumplirá en el Cielo.

En esta vida terrena tenemos ya la alegría de la esperanza, porque Dios no sólo ha prometido la salvación «a nuestros padres, a Abrahán y a su linaje por los siglos», sino que también «juró a Abrahán, nuestro Padre...» (Lc 1, 55.73). Nuestra alegría es tan grande e inefable porque está garantizada por Dios mismo.

F.X. Nguyen Van Thuan, *Testigos de esperanza*, 90



Pro beatificación padre Enrique Ramière

«En la escuela del Corazón de Jesús: tomemos a san José como nuestro maestro, protector y padre, y nuestro gozo será pleno»

Si los corazones de los discípulos de Emaús, a los que el mismo divino Maestro tachó de duros e insensatos, tan solo al calor de una conversación se enardecieron, ¡con qué fuego no debieron arder María y José, qué luz debió de inundarles en los largos años en que recibieron las más abundantes comunicaciones del Corazón de su divino Hijo!

¡También nuestro gozo será pleno reconociendo a san José como nuestro maestro, nuestro protector y nuestro padre! Si queremos aprovechar en la escuela del Corazón de Jesús, nadie mejor que él puede ayudarnos a comprender sus divinas enseñanzas. Si deseamos entrar en la posesión del Corazón de Jesús, nadie tiene más poder que él para hacernos adquirir este tesoro. Le pertenece en común con María; y comparte el ardiente deseo que siente tan tierna Madre de comunicarlo a todos quienes que se lo piden.

Enrique Ramière
Le Mésager, marzo de 1863

Avanzados los setenta, Nuestra Señora de la Platé acometió reformas, dando lugar a dos capillas a

derecha e izquierda del altar mayor: la primera se dedicaría a María Santísima; la segunda, a san José, a quien se muestra con el Niño: hermosísima estatua, en cruce de miradas, san José sostiene en su mano derecha un nardo, y la izquierda acoge hacia sí al Niño. Éste, mostrando con su izquierda los atribu-



*Iglesia de Nuestra Señora de la Platé,
altar de san José, 1878-1882.*

tos de la redención, alza hacia su Padre el atributo de la realeza: el Orbe en soberanía. En marzo de 1863, el padre Enrique Ramière daba entrada como patrono del mes a san José. Con su extensión habitual, expone a san José en la escuela del Corazón de Jesús, incitando al final del mismo a tomarlo como maestro, protector y padre. Años después, el padre Julio Alarcón, S.I., director a la sazón de *El Mensajero* español, escribía en una obra bajo el título *Intenciones* (Bilbao, 1894, p. 337): «Bien puede decirse que el infatigable apóstol del Corazón de Jesús, el padre Ramière, director general del Apostolado, fue el que se puso a la cabeza de cuantos deseaban que fuese el Santo Patriarca proclamado patrón de la Iglesia universal; y así como en la consagración del mundo al Corazón divino fue intérprete de los deseos de todos y el éxito coronó su empresa, así también sus activas y personales gestiones lograron, al hacerse eco de la piedad católica, que Su Santidad Pío IX por decreto pontificio del 8 de diciembre de 1870, pusiera bajo la tutela y defensa del humilde carpintero de Nazaret a toda la universal Iglesia».



Hace 75 años La humildad, virtud necesaria en el camino de la santidad

Ibón Elósegui

Según santa Teresa de Jesús, «la humildad es andar en la verdad». Esta virtud, tan olvidada hoy en día, es la base de las virtudes teologales, pues ¿acaso se puede creer sin la humildad de aceptar el testimonio de aquellos que nos han transmitido la fe? ¿Se puede tener esperanza en la bienaventuranza eterna sin aceptar humildemente que la realidad de las cosas no finaliza en aquello que vemos y comprendemos con nuestra pobre inteligencia? ¿Se puede tener caridad con Dios y el prójimo sin la humildad de reconocer que por nosotros nada podemos y que nos es necesaria la gracia de Dios para practicar esta virtud como el Señor nos exhorta?

Santa Teresa del Niño Jesús vivió de una manera extraordinaria esta virtud de la humildad, y es así que nos la propone como primer paso en su caminito de infancia espiritual. La humildad de reconocer nuestra nada delante de Dios es el comienzo de un caminito que nos lleva a confiar en aquel que nos ha creado y nos llama a participar de su vida divina. Esta confianza nos lleva finalmente al amor a Dios y al prójimo como respuesta a aquel amor que «nos primerea».

Con estas palabras, Teresita escribía a sus hermanas lo que ella misma vivía:

«Estar siempre alerta, levantar el piececito; caer, tal vez, por flaqueza, pero levantándose siempre con humildad; trabajar sin cesar; quedar cubierto de polvo, pero limpiarse de él continuamente por el fuego del amor y por los sacramentos, que nos mantienen unidos al buen Dios; ofrecerle, en fin, sin cansarse jamás, si no los éxitos, a lo menos los esfuerzos [...]».

«¡Qué poco conocidos son la bondad y el amor misericordioso del Corazón de Jesús! Es cierto que, para gozar de estos tesoros, es necesario humillarse, reconocer la propia nada, y esto es lo que muchas almas no quieren hacer...».

Este reconocimiento de nuestra pequeñez, que nos lleva a la humildad, es el camino de la santidad, tan olvidado en los tiempos actuales. Para volver a tomar conciencia de su importancia, hace 75 años, en el mes de marzo de 1950, la revista Cristiandad centró su número en explicar esta verdad. En esta ocasión, extraemos un texto para mostrar que esta virtud de la humildad es necesaria para todos, incluso para los gobernantes.



Ambrosio y Teodosio, Antoon van Dyck.

«Un príncipe tan grande por su humildad...» Weiss, *Historia universal*

El Imperio Romano, en la persona del Emperador Teodosio, se humilla ante la autoridad de la Iglesia, custodia y definitivo refugio del derecho.

Todavía fue más grave su reprobación por los asesinatos de Tesalónica; san Ambrosio se mostró entonces como refugio del Derecho humano.

Pues en aquella ciudad el jefe de las tropas, Botarich, tenía un hermo-

so muchacho que excitó la pasión de un auriga del circo. Botarich hizo echar a la cárcel al impudente y no hizo caso del griterío de la multitud, que clamaba en las carreras por su favorito. Con esto, el pueblo se exasperó tanto, que se arrojó sobre la pequeña guarnición, asesinando a Botarich con sus oficiales, y arrastró por las calles sus cadáveres. Teodosio recibió en Milán la noticia de estos excesos. Rufino ayudó a inflamar todavía más su enojo, y se le dio el mandato de ejecutar el más terrible

castigo. Los habitantes de Tesalónica fueron atraídos al circo y cuando estuvo lleno se dio a los soldados la señal de acuchillarlos. Durante tres horas se entregaron a la matanza sin distinguir culpables de inocentes, ni edades ni sexos; 7.000 hombres, y según otros, 15.000, cayeron como víctimas sacrificadas en expiación de Botarich y sus oficiales.

Un clamor de indignación resonó en todo el Imperio. Habían pasado ochenta años desde que se había puesto en el estandarte imperial la señal de Cristo, y ahora se había ejecutado un hecho sangriento digno de los tiempos de Nerón o Calígula. Espontáneamente, todas las miradas se dirigieron a san Ambrosio, que, por otra parte, era favorecido por el Emperador. Su posición de obispo, su honor como amigo de Teodosio, exigían que amonestara a este por su falta. Teodosio se encaminó a Milán. Ambrosio le evitó y se dirigió al campo, y desde allí envió al Emperador un escrito que debía leer él solo [...]

Pero la esperanza del Santo de que el Emperador procuraría la expiación espontáneamente, no se cumplió por lo pronto. Teodosio parece haber mostrado la carta a sus privados y haber sido alentado por ellos para no cuidarse de las amenazas del obispo. Como para mostrar que nadie tenía derecho a vituperarle, al siguiente viernes el Emperador se dirigió a la iglesia con gran comitiva y el ornato acostumbrado. Ya había pasado las puertas del vestíbulo, y se acercaba a la entrada del templo, cuando le salió al encuentro san Ambrosio con los ornamentos episcopales, y le dijo con gravedad sacerdotal:

«Veo, por desgracia, oh, Emperador, que no mides la gravedad del hecho sanguinario que por ti

fue ordenado, y que tu espíritu no comprende la grandeza del pecado, aun cuando tu ira se ha aplacado ya. Acaso la extensión de tu poder te impide reconocer tu falta, y la libertad de hacer cuanto quieres oscurece tu vista. Pero piensa que eres mortal como nosotros, que has de volver un día al polvo de que todos hemos sido formados, y que el brillo de tu púrpura cubre un cuerpo débil. Piensa en los hombres sobre quienes reinas y que son, como tú, hijos de un mismo Criador y Rey. ¿Con qué ojos quieres contemplar ahora el templo de este común Señor? ¿Cómo osarás poner los pies en su santuario? ¿Cómo osarán tus manos elevarse a Él cuando todavía chorrean sangre de inocentes? ¿Cómo quieres recibir el Cuerpo del Señor, acercar al cáliz tus labios, de los cuales salieron los órdenes para el asesinato de tantos inocentes? No añadas un nuevo crimen al que ya te apegas, retírate y sométete a la penitencia que te impone Dios, pues es el remedio para tu alma enferma. Si has pecado como David, imítale también en la penitencia». El Emperador quedó conmovido, sintió que el obispo no hacía sino cumplir con su deber y se volvió con lágrimas en los ojos. Pero pasaron meses sin que él se presen-

tara en la iglesia ni el obispo en palacio. Cada uno guardaba silencio sobre el otro. ¿Qué pasó en el ánimo de Teodosio? No lo sabemos, pero sí que al fin venció la fe sobre los movimientos del orgullo y la ira.

[...] En la fiesta de la Navidad, el camarero Rufino halló al Emperador por la mañana bañado en lágrimas. El semblante de Rufino dejó asomar una expresión burlesca. Teodosio le dijo: «Tú te ríes y no sientes mi desdicha. La iglesia de Dios está hoy abierta para los esclavos y mendigos; a cada hora pueden acudir a rogar al Señor; pero para mí está cerrada y con ella la puerta del Cielo, pues Cristo ha dicho: “Lo que atareis en la tierra será atado en el Cielo”». Rufino repuso: «No hay que tomar esto tan a la letra; yo reduciré a Ambrosio a que te absuelva». «No –replicó Teodosio–; yo le conozco. Por temor del poder imperial no hará cosa alguna contra la ley de Dios». «Ya lo veremos» –observó el camarero, y corrió a la iglesia. «¿Qué quieres tú aquí –le dijo san Ambrosio– y qué significa tu aspecto descarado? Es sabido que tú aconsejaste al Emperador el sanguinario mandato, ¿y no te oprime la memoria de ello?» «El Emperador viene en pos de mí; no le rechaces». «Si viene, le haré

salir del vestíbulo, y si quiere obrar como tirano, habrá de herirme primero a mí.» Rufino corrió a Teodosio, que se acercaba al templo, y le aconsejó que se volviera, pues con el obispo nada había que hacer. «No, ya no puedo tolerar esta pena –dijo Teodosio–; voy, y haré lo que él quiera.» El Emperador se detuvo a las puertas. San Ambrosio estaba en el vestíbulo. «Aquí estoy. Líbrame de mi pecado.» «¿Cómo te atreves a acercarte al lugar sagrado? ¿Dónde está tu penitencia?» «Dime lo que he de hacer y practicaré la penitencia». Entonces el obispo aconsejó se ordenara que, en lo futuro, hubieran de transcurrir treinta días entre una sentencia capital y la ejecución de ella, y que, entretanto, se hubiera de presentar todavía de nuevo al Emperador el fallo para su confirmación. La ley se publicó, luego el emperador volvió a la iglesia, se postró en tierra con oraciones y lágrimas, y no se levantó hasta que comenzó el santo Sacrificio, para ocupar su asiento en el santuario. San Ambrosio hizo sacar el trono del coro, pues la púrpura hace emperadores, pero no sacerdotes. Y en adelante cesó el uso bizantino de colocar el trono del emperador en el coro.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Abril: Por el buen uso de las nuevas tecnologías

Oremos para que el uso de las nuevas tecnologías no reemplace las relaciones humanas, respete la dignidad de las personas, y ayude a afrontar las crisis de nuestro tiempo.

Mayo: Por las condiciones de trabajo

Oremos para que cada uno de nosotros encuentre consolación en la relación personal con Jesús y aprenda de su Corazón la compasión por el mundo.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

No todos los métodos reproductivos son moralmente buenos

EL pasado 18 de febrero el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, firmó una orden ejecutiva destinada a reducir los costes y facilitar el acceso a la fertilización *in vitro* (FIV) para «ayudar a estas familias a recorrer el camino hacia la paternidad con esperanza y seguridad».

En respuesta a dicha orden la Conferencia de obispos católicos de EE.UU. ha publicado diferentes documentos para ayudar a los católicos a comprender la enseñanza de la Iglesia sobre el matrimonio y la procreación de hijos y proporcionar apoyo y orientación a las parejas casadas que tienen dificultad para tener hijos, dejando claro que, aunque los hijos se encuentran entre las mayores bendiciones, no todos los métodos para aumentar la familia son moralmente buenos.

«Uno de los problemas más dolorosos y angustiantes que puede tener una pareja –afirman los obispos norteamericanos– es la pena y la preocupación que surgen cuando tienen dificultades para concebir a un hijo. Keri y Dan siempre habían querido tener hijos, pero sus carreras iban bien así que decidieron ahorrar para comprar una casa antes de buscar un hijo. Cuando finalmente intentaron concebir, se enfrentaron a la crecien-

te incertidumbre y angustia que siente una de cada seis parejas en EE.UU. Tenían problemas de fertilidad.

»Les hubiera venido bien encontrar a un obstetra experimentado que les realizara análisis minuciosos. La medicina puede tratar muchas de las causas de la infertilidad; por ejemplo: corregir un desequilibrio hormonal, desbloquear una trompa de Falopio afectada por una enfermedad inflamatoria pélvica o lograr que el padre pierda peso y deje de fumar. Un estilo de vida más saludable, una cirugía menor y ajustes hormonales pueden permitirles a los padres concebir un hijo ayudando a que sus sistemas reproductivos funcionen como corresponde.

»Lamentablemente muchas clínicas de fertilidad están poco interesadas en identificar y tratar la causa de la infertilidad. En lugar de eso pasan directamente a la “fertilización *in vitro*” (FIV) donde se intenta controlar todos los factores de creación embrionaria y selección dejando muy poco a la naturaleza. La FIV es una industria de tres mil millones de dólares. Casi no está regulada y no parece preocuparse por los riesgos de salud a largo plazo que pueden sufrir las mujeres y los niños.

»Aunque es comprensible que una pareja que anhela tener un hijo intente prácticamente cualquier cosa para alcanzar su meta, hay límites



respecto a los medios moralmente buenos y legítimos para alcanzar dicho fin. El problema moral principal que plantea la FIV es que supone fertilizar varios óvulos al mismo tiempo en el laboratorio para tener cierta eficacia. Después, algunos de los embriones resultantes son implantados en el útero con la esperanza de que al menos uno sobreviva. Si sobreviven dos o más, muchas clínicas ofrecen abortar algunos bebés («reducción selectiva») para que los demás tengan más posibilidades de sobrevivir y haya menos complicaciones para la madre. Los embriones que no son implantados se descartan inmediatamente o se congelan para usarlos en el futuro. Muchos no sobreviven el proceso de congelado y descongelado. En realidad, **la gran mayoría de niños embrionarios creados por la FIV, tarde o temprano, morirá.** (...) [Sin embargo,] estos embriones ya contienen todo lo que necesitan para crecer y desarrollarse en hermosos niños, lo único que les falta es recibir alimentos y el entorno seguro de un vientre. **Los embriones no merecen más que nosotros ser congelados o desechados como desperdicios químicos. Están hechos –como todos los seres humanos– a imagen y semejanza de Dios, Padre de todos.**

»Otro gran error –que es menos obvio, aunque profundo– es el separar el acto sexual de la concepción de un hijo. Cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio para dar vida nueva, actúan como “co-creadores” de Dios, “pro-crean” en cooperación con el poder único de Dios de crear vida. De hecho, un hijo es el regalo de Dios a los padres. Pero cuando se recolectan óvulos y esperma de sus cuerpos y se los une en un laboratorio, la pareja solo aporta las materias primas para que un técnico produzca el hijo, lo haga

crecer en un cultivo nutritivo y lo implante en el vientre de la madre. Esto se hace a cambio de varios miles de dólares y poniendo en riesgo a la madre (o donante de óvulos) y al niño concebido. El sentido profundo del acto sexual –unir a la pareja en un amor tan generoso y poderoso que le permite a Dios traer al mundo a un niño que vivirá eternamente– se pierde en el proceso. Todo niño tiene derecho a ser concebido por un acto de amor de sus padres y no por un proceso de laboratorio que equivale a fabricar vida nueva.

»Resulta fácil ver cómo esta mentalidad permite también otros abusos, que resultan del deseo de “fabricar” el mejor producto de la manera más eficaz. Los embriones que se producen en un laboratorio pueden examinarse en busca de defectos genéticos o predisposición a ciertas enfermedades, o incluso para saber el sexo y el color de ojos, y se los puede desechar en caso de no pasar el “control de calidad”. Algunas veces las parejas están dispuestas a pagar más para aumentar las probabilidades de que su hijo esté dotado de mayor inteligencia, atractivo físico o aptitud para los deportes. Es por esto que una deportista brillante de Stanford recibe 50.000 dólares por vender sus óvulos, mientras que otras “donantes” ganan menos de 5.000 dólares por ciclo de recolección.

»Algunas veces se acude a una madre “sustituta” (...). Actualmente, el destino más popular para explotar

a mujeres pobres es la India (...).

»Como resultado de este apuro para fabricar vida en el laboratorio, nuestro país se enfrenta ahora al tremendo dilema de qué hacer con los cientos de miles de embriones congelados que están almacenados en los laboratorios, la mayoría de los cuales nunca será implantado ni sobrevivirá. A los que se les permite nacer tienen el doble de posibilidades de sufrir graves defectos congénitos que los niños concebidos naturalmente. Sin embargo, todo niño que se concibe mediante la fertilización *in vitro* es sin duda merecedor de respeto y amor: cada uno de ellos es un ser humano, más allá de la forma en que fue concebido. El problema es que la manera en que llegan al mundo no hace honor a su dignidad. Y más allá de cuánto los amen los padres que los crían, cuando los niños se enteran de que uno de sus padres biológicos –o ambos– fue solo un donante de ADN suelen contar con dolor lo mucho que deben hacer para descubrir su identidad e historia familiar.

»(...) La gente debe comprender que las tecnologías reproductivas como la FIV ponen en riesgo la vida de las mujeres y de los niños. **Los cristianos debemos defender la dignidad de cada vida humana, ya que la vida es un regalo de Dios, no un producto que se puede manipular, aunque las intenciones sean buenas».**

Inspirándose en las instrucciones *Donum vitae* (1987) y *Dignitas*

personae (2008) de la Congregación para la Doctrina de la Fe, los obispos norteamericanos también han publicado una guía para parejas católicas (*Reproductive Technology. Evaluation and Treatment of Infertility*) en la que resumen las tecnologías compatibles con la doctrina católica, las que son incompatibles y las que aún están bajo discusión, teniendo en cuenta la regla general de que los procedimientos que eliminan los obstáculos a la fertilidad natural y que facilitan que las relaciones sexuales conyugales alcancen su potencial procreativo son moralmente aceptables mientras que los procedimientos que añaden una «tercera persona» al acto de concepción o gestación, o que sustituyen la relación sexual por un procedimiento de laboratorio, no son moralmente aceptables.

Ahondando más en esta cuestión y teniendo en cuenta que la FIV se promociona como una forma segura y eficaz de ayudar a las parejas a tener hijos, los obispos también han llamado la atención sobre la falsedad de dicha afirmación y el inaceptable coste humano que tiene esta técnica reproductiva (ver *In vitro fertilization: the human cost*).

En este sentido hay que tener en cuenta en primer lugar las altas tasas de mortalidad de embriones y fetos humanos que las clínicas de FIV suelen silenciar. Entre 2009 y 2019 se habían presentado 133 demandas en tribunales estatales y federales por pérdida de embriones y en 2021 un jurado otorgó 15 millones de dólares a familias cuyos óvulos y embriones congelados fueron destruidos. En 2018 se presentaron al menos 22 demandas contra una clínica de FIV en los Hospitales Universitarios de Cleveland por permitir que más de 4.000 óvulos y embriones congelados murieran, demandas que, después

de cinco años de disputas legales, se resolvieron por una cantidad no revelada. Por otro lado, de los 413.776 ciclos reproductivos intentados por las clínicas estadounidenses en 2021 sólo el 22% acabó en partos con nacimientos vivos.

Un segundo aspecto que remarcan los obispos es el riesgo de problemas de salud para los niños concebidos mediante FIV. Al principio la mayor incidencia de estos problemas se atribuía en gran medida a la mayor incidencia de gemelos y trillizos en embarazos de FIV debido a la transferencia de múltiples embriones (ya que llevar más de un hijo aumenta el riesgo de parto prematuro) pero estudios recientes encuentran un efecto independiente del procedimiento. En 2021, en EE.UU. el 18 % de los nacidos vivos de embarazos de FIV de feto único y el 88 % de los nacimientos de trillizos fueron prematuros. Otro factor es el uso común hoy en día (78 % de las transferencias de embriones en EE.UU.) de la inyección intracitoplasmática de espermatozoides (ICSI), la inyección directa de un espermatozoide en el óvulo para aumentar las tasas de éxito; esto elude las salvaguardas naturales que impiden que los espermatozoides dañados o defectuosos lleguen al óvulo en el cuerpo de la mujer. Un estudio de 2020 concluía que «el riesgo de malformaciones congénitas [de los sistemas cardíaco, musculoesquelético y genitourinario] es aproximadamente un tercio mayor en los niños concebidos mediante FIV que en otros niños», malformaciones producidas no solo por factores paternos y maternos sino también por las propias técnicas de FIV. Otros estudios revelan también una mayor incidencia en niños concebidos mediante FIV de presión arterial, adiposidad y niveles de glu-

cosa más elevados, disfunciones vasculares, cánceres musculares y un tipo de cáncer de hígado, enfermedades cardiovasculares prematuras, trastornos genéticos raros, defectos congénitos (como una perforación entre las dos cámaras del corazón, labio hendido o paladar hendido, un desarrollo inadecuado del esófago, un recto malformado, defectos gastrointestinales, cardiovasculares y musculoesqueléticos), necesidad de cirugía genitourinaria (distinta de la circuncisión). En una revisión sistemática de 25 estudios publicados hasta marzo de 2003 sobre defectos congénitos en bebés concebidos mediante FIV/ICSI, los veinticinco estudios sugieren un aumento estadísticamente significativo del 30% al 40% en el riesgo de defectos congénitos asociado con estas tecnologías.

En tercer lugar también hay que atender a los riesgos para la salud de las mujeres, riesgos derivados del uso de fármacos superovulatorios para estimular los ovarios y que produzcan muchos óvulos a la vez para el procedimiento de FIV como algunos tipos de cáncer, problemas reproductivos, insuficiencia renal e incluso la muerte. Además, la FIV/ICSI provoca mayores casos de diabetes gestacional y trastornos hipertensivos durante el embarazo, anomalías placentarias y hemorragias posparto, lesiones renales agudas, arritmias y desprendimientos de placenta.

Finalmente **los obispos analizan los efectos de las confusiones entre familias, implantando embriones «equivocados»,** y otros escándalos, como los inquietantes casos de «fraude de fertilidad», donde decenas de mujeres dieron a luz, sin saberlo, a hijos de más de cincuenta médicos en todo EE.UU.



Actualidad política

Jorge Soley Climent

Siria, devastada por la violencia islamista

SORPRENDE la «ingenuidad» con la que fue recibida la caída de Bashar al-Assad en Siria. Algunos incluso afirmaron que «si de esta victoria de una oposición muy heterogénea surgirá una democracia sana o un régimen islamista opresivo aún no se sabe». La oposición era heterogénea, sí, pues en su seno convivían las milicias de Hayat Tahrir al Shams (HTS), parte de Al Qaeda, veteranos del Estado islámico y otros y variados grupos yihadistas, pero lo que iba a ocurrir estaba muy claro para todo aquel que se atreviera a observar la situación sin las anteojeras de la ideología.

Pasado un primer momento en el que el nuevo gobierno se refrenó, enfocándose a controlar los resortes del poder, la tormenta se ha desatado nuevamente en la castigada Siria: los primeros días de marzo de 2025 han sido testigos de centenares de asesinatos de hombres, mujeres y niños pertenecientes a las minorías alauita, drusa y cristiana por parte de las milicias del nuevo gobierno de **Ahmad al Sharaa**, desmintiendo trágicamente las expectativas de paz que desde los medios habían alimentado. Según datos publicados el 8 de marzo por el Observatorio Sirio de Derechos Humanos, más de

1.000 personas fueron asesinadas por las fuerzas de seguridad gubernamentales. Unas cifras aterradoras que sugieren una purga sistemática.

Los patriarcas de Siria (el greco ortodoxo, el siríaco y el greco Melquita Católico) han hecho pública una declaración conjunta, fechada el 8 de marzo de 2025, en la que se puede leer: «En los últimos días, Siria ha sido testigo de una peligrosa escalada de violencia, brutalidad y asesinatos, que se han traducido en ataques contra civiles inocentes, entre ellos mujeres y niños. Los hogares han sido violados, su santidad despreciada y las propiedades saqueadas, escenas que reflejan crudamente el inmenso sufrimiento soportado por el pueblo sirio. Las Iglesias cristianas, al tiempo que condenan enérgicamente todo acto que amenace la paz civil, denuncian y condenan las masacres dirigidas contra civiles inocentes, y piden el fin inmediato de estos actos horrendos, que se oponen directamente a todos los valores humanos y morales».

Alemania: que todo cambie para que todo siga igual

Las elecciones en Alemania del pasado 23 de febrero se saldaron con la derrota de la coalición gobernante formada por socialistas, verdes y liberales, que fueron castigados por sus políticas que han llevado al



Los patriarcas de Siria, El Giovanni X patriarca de Antioquía y de todos los griegos ortodoxos orientales, Ignacio Aphrem II patriarca de Antioquía y de todo Oriente de la Iglesia ortodoxa siriana y líder supremo de la Iglesia universal ortodoxa siriana Youssef Al-Absi patriarca de Antioquía y de todo Oriente de la Iglesia greco-melquita

país a una crisis económica y de seguridad sin precedentes. Los socialistas han caído un 10%, los verdes un 2,5% y los liberales un 6,7%, lo que ha significado que no han podido superar el 5% necesario para entrar en el parlamento. La victoria se la llevaron los democristianos de la CDU/CSU liderados por **Friedrich Merz**, que han crecido un 4,5%, mientras que AfD (Alianza por Alemania) ha quedado en segundo lugar, duplicando sus resultados y obteniendo un 21% de los sufragios. El crecimiento de AfD se ha concentrado especialmente en el territorio de la antigua Alemania del Este y en las zonas rurales, territorios especialmente golpeados por las decisiones económicas de los gobiernos democristianos y socialistas.

Estamos, pues, ante un importante cambio en los apoyos que reciben los partidos alemanes que, no obstante, tendrá un reflejo limitado en

las políticas del nuevo gobierno del canciller Merz. La clave es el llamado «muro cortafuegos» que aplica el resto de los partidos políticos a AfD, un compromiso de no pactar con la derecha soberanista y que ha llevado a los democristianos a anunciar que formarán gobierno en coalición con los derrotados socialistas. De este modo, los dos responsables de la crisis que vive Alemania van a continuar llevando las riendas del país. Porque fueron ellos los responsables de las políticas de «cero emisiones» que han provocado la pérdida de competitividad de la economía alemana y la subsiguiente crisis económica, y fue la antigua líder democristiana, Angela Merkel, la que abrió indiscriminadamente las fronteras del país a una inmigración masiva que ha multiplicado los atentados islamistas y ha generado un clima de inseguridad generalizado. Merz, durante la campaña, copió

las propuestas de AfD en materia de inmigración, prometiendo un mayor control de las fronteras... para desdecirse pocas horas después de obtener la victoria electoral. En definitiva, aunque parece claro en qué dirección han votado los alemanes, el gobierno resultante de esos votos seguirá políticas muy similares a las que han sido rechazadas por la mayoría de los electores.

En este contexto, la situación de la guerra en Ucrania, donde la nueva administración Trump parece poco dispuesta a seguir apoyando masivamente, tanto militar como financieramente, a la Ucrania de Zelenski, ha provocado el anuncio de Merz de que Alemania estaría dispuesta a liderar a una Unión Europea capaz de tomar el relevo a los Estados Unidos en su apoyo a Ucrania. Para ello Merz debe romper dos de los fundamentos de la Alemania federal na-



Calin Georgescu, el candidato de la derecha soberanista.

cida después de la segunda guerra mundial. Por un lado Alemania dice estar decidida a armarse y a volver a tener un ejército poderoso, capaz de plantarle cara a cualquier potencia y de intervenir incluso fuera de sus fronteras, rompiéndose así el tabú antibelicista surgido del trauma de la Alemania nazi. Por otro, democristianos y socialistas han anunciado su determinación para dinamitar el freno a la deuda alemana y endeudarse por un importe de 500.000 millones de euros para financiar, entre otros proyectos, ese rearme. En una Unión Europea en la que los países tienen niveles de endeudamiento insostenibles, era la Alemania poco endeudada la que sostenía el entramado del euro; al lanzarse ahora por el sendero de la deuda, se abren numerosos interrogantes sobre quién podrá sostener

la zona euro en la próxima crisis por llegar. En cualquier caso, el orden mundial nacido del final de la segunda guerra mundial se está disolviendo ante nuestros ojos.

En Rumanía, la Comisión europea impide la victoria del candidato más votado

Rumanía atrajo la atención mundial tras la espectacular anulación de las elecciones presidenciales del año pasado en las que había resultado ganador en la primera vuelta Calin Georgescu, el candidato de la derecha soberanista. No era del agrado ni de quienes detentan el poder en el país ni, mucho menos, de la Comisión europea. Así que fue acusado, sin prueba alguna, de formar parte de un plan de injerencia rusa y el Tri-

bunal Constitucional de Rumanía, bajo presión europea, anuló los resultados y canceló la segunda vuelta de los comicios.

Transcurrido un año, y cuando ya se están preparando de nuevo las elecciones, los sondeos eran favorables a Georgescu, así que la Comisión Electoral ha rechazado la inscripción de su candidatura, una decisión que ha provocado violentas protestas de sus partidarios.

Mientras se habla por activa y por pasiva de la necesidad de defender unos indefinidos «valores europeos», la realidad es que lo que está ocurriendo en Rumanía recuerda mucho a los métodos soviéticos y totalitarios que se suponía habían sido excluidos de Europa. Y es que la injerencia para anular los resultados de una votación es considerada tan natural por los burócratas de la Comisión, que el ex comisario europeo Thierry Breton admitió en una entrevista televisiva que el Tribunal Constitucional rumano se había visto condicionado en su decisión de anular las elecciones presidenciales por presiones de la UE. Y no son sólo palabras: los eurócratas no van a permitir que quien cuestione sus planes salga elegido, aunque cuente con el apoyo de la mayoría de los votantes de su país. Va quedando claro a qué se refieren cuando hablan de «valores europeos».

«Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación» (Rm 12, 12).

La esperanza es un arma que nos protege en el combate de la salvación: «Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (1 Ts 5, 8). Nos procura el gozo en la prueba misma: «Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación» (Rm 12, 12). Se expresa y se alimenta en la oración, particularmente en la del Padre Nuestro, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



Colabore en la difusión CRISTIANDAD ¡Suscriba a un amigo!

La revista CRISTIANDAD necesita su ayuda para continuar contribuyendo a la extensión del Reino de Cristo a través de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

Suscripción anual

Suscripción España (papel)	50 euros
Suscripción fuera de España (papel)	65 euros
Suscripción en formato digital	20 euros
Suscripción de colaborador (papel)	80 euros

Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/administracion.cristiandad@orlandis.org>

Donativos:

- Domiciliación bancaria
- Ingreso en cuenta:
ES18-2100-1366-12-0200082911
(Fundación Ramon Orlandis i Despuig)



La belleza en la Palabra

Stratford Caldecott

Editorial: Encuentro

190 páginas

Precio: 21,00€

La *belleza en la Palabra* es una contribución única para devolver la realidad al centro del aprendizaje. A los interrogantes ¿qué es una buena educación? o ¿para qué sirve?, Stratford Caldecott ensaya una respuesta, arrojando una nueva luz sobre las tres artes del lenguaje. En esta maravillosa reformulación del *Trivium* se exploran la gramática, la dialéctica y la retórica en correspondencia con los actos de recordar, pensar y comunicar. Estos son los pasos fundamentales que todo estudiante (y todo aquel interesado) debe dar hacia la conversión del corazón y la mente, de modo que se pueda vivir en plenitud la búsqueda de la Verdad, el Bien y la Belleza. Si le preocupa el verdadero significado de la educación, este es el lugar por donde empezar.



Salvar Europa

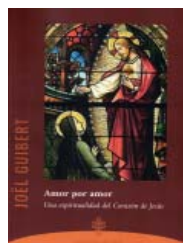
González, Irene

Editorial: Ciudadela

284 páginas

Precio: 18,90€

Europa enfrenta un momento crucial para su supervivencia como civilización al haber sido despojada de su identidad espiritual y libertad política. Con un análisis provocador y fresco, la autora presenta una visión del nuevo orden que acecha a Europa desde la perspectiva de una generación decepcionada ante una realidad social destruida con la democracia liberal. Un enfoque clarificador de las nuevas formas de poder y de su evolución hacia un sistema tecnocrático bajo una dictadura emocional. Sobre todo, es un libro acerca de la guerra espiritual que libra Europa y el resto de Occidente. Mucho más profunda y decisiva que la batalla cultural ideológica, donde está en juego salvar la civilización occidental.



Amor por amor

Guibert, Jöel

Ediciones Cor Iesu

312 páginas

Precio: 16,95€

La presente publicación es una valiosa ayuda para tomar conciencia de la misión sublime que tenemos de consolar al Corazón dolorido de Jesús y para hacernos partícipes de la fuerza transformadora de la consagración de nuestras vidas a los Corazones de Jesús y María.

Te invitamos a disfrutar de esta lectura y a introducirte en la escuela del Corazón de Jesús, que, como verás, no está reservada solo a los santos, sino a todos aquellos que desean poner su vida al servicio del mejor de los proyectos: la civilización del Amor, el Reino del Corazón de Jesús.



MADRE DE LA ESPERANZA

«La esperanza encuentra en la Madre de Dios su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el Templo: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón» (Lc 2,34-35). Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que «debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días» (Mc 8,31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la esperanza. No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como *Stella maris*, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando».